

SS

SERVICIO SECRETO

SANGRE Y HONOR

silver kane



BB

SANGRE Y HONOR

SS Nº 763

Autor: Silver Kane

UUID: acea1ebf-dd95-48c7-b91d-af6d4659ae53

Generado con: QualityEbook v0.78

UNO

EL hombre descendió por la Perspectiva Liteiny y, doblando hacia la derecha, desembocó en la Perspectiva Nevsky.

Veinte años antes, cuando los alemanes bombardeaban con sus piezas de artillería pesada las calles de Leningrado, el hombre también había estado allí. Era entonces un chiquillo de doce años que se moría materialmente de hambre y sufría cada día en su carne las penurias de la guerra, pero ya no quería acordarse de eso.

Ahora Leningrado había cambiado mucho, ahora era una ciudad restaurada, hermosa, potente, a la que empezaban a visitar turistas de todo el mundo. La guerra quedaba muy atrás, muy lejos.

Pero sus consecuencias no.

El hombre caminó por la Perspectiva Nevsky, tantas veces citada en las novelas de Dostoievski, y desembocó en la plaza Dekamistov, a pocos pasos del río Neva.

Había poco tráfico, ya que siempre eran escasos los vehículos privados que rodaban por la ciudad. Casi todos los vehículos eran del servicio público.

Sin embargo mucha gente caminaba arriba y abajo, efectuando sus compras, pues la hora general de salida del trabajo había sonado poco antes.

El hombre llegó hasta el Neva, encendió un cigarrillo y se apoyó en el pretil, a poca distancia de las aguas. Estas estaban quietas y tenían esta tarde un matiz brumoso.

A la derecha quedaba el puente Dvortsovt, y enfrente el barrio de Vasilievsky. Pero el río era tan ancho en aquel punto que las casas del otro lado casi quedaban como perdidas entre la bruma y

la lejanía.

El hombre arrojó los restos de su cigarrillo y volvió la espalda, tras consultar su reloj.

El paisaje estaba poco frecuentado, y quizá por eso notó enseguida que alguien se acercaba a él.

Por su modo de vestir, un occidental es notado enseguida en cualquier calle de cualquier ciudad soviética. El ciudadano «made in U.R.R.S.S.», suele llevar ropas confeccionadas de buena calidad, pero que en modo alguno poseen la elegancia de las prendas de Occidente, donde la competencia entre las marcas imponen un mejor gusto. Por otra parte, es frecuente que los hombres no lleven corbata.

Por contraste, el que se acercaba ahora vestía impecablemente.

Pantalones grises, zapatos londinenses, americana de cheviot excelentemente cortada, camisa de cuello impecable y sombrero flexible italiano. Plegado sobre su brazo izquierdo, descansaba un liviano impermeable de seda.

Cualquiera hubiese pensado, al verlo, que aquel hombre era, al menos secretario general de un gran establecimiento bancario en un país capitalista.

Pero no lo era. El hombre que ahora se acercaba pausadamente al mirador sobre el río Neva era, sencillamente, un asesino legal.

El que le esperaba adelantó dos pasos.

—Hola, Nick.

—Hola, Johnny.

Nick era el recién venido. Encendió un cigarrillo mientras sus ojos se posaban en la quieta bruma que se iba elevando desde el río.

—Acabo de llegar de Moscú —dijo, tras exhalar tasa bocanada de humo.

—¿Y...?

—Nada. No se trata del mismo hombre.

Johnny hizo un gesto de desesperanza, mientras extraía una agenda de uno de sus bolsillos. La agenda estaba encuadernada en cuero negro y llevaba impreso en oro el nombre de una ciudad lejana: Tel Aviv. Dibujó una cruz sobre uno de los nombres que estaban escritos en la primera página.

—¿Y tú? —preguntó Nick.

—Yo he tenido más éxito. He localizado a Brenner, pero Brenner es un sujeto sin importancia.

—¿Dónde está?

—En el hotel «Europa's», no lejos de aquí.

—Vamos.

Los dos hombres volvieron la espalda al Neva y caminaron juntos a buen paso. Llegaron a la plaza Isaackiewskaia y desde allí doblaron a la izquierda para enfilar la calle Tsena.

El hotel «Europa's» está muy cerca de la Perspectiva Nevski. Es uno de los hoteles oficiales de la «Intourist», la agencia de turismo soviética. Tiene aún un aire decimonónico, un aire suntuoso y de la época zarista, muy recargado y pasado de moda. No es malo, ni mucho menos, pero parece corresponder a la idea que de los hoteles se tenía en otra época ya lejana.

Los dos hombres penetraron en él. Los pocos coches occidentales que era posible ver en Leningrado estaban estacionados por las cercanías. Su aspecto ya no llamaba tanto la atención como en otras calles de la antigua capital zarista.

Johnny susurró:

—¿Dónde está ese tipo?

—En su habitación. Es la número veinte.

—¿Viaja con pasaporte alemán? Me parece difícil, porque quizá los rusos tengan aún algo contra él por crímenes de guerra.

—No, no... Viaja con pasaporte checo.

—¿Ha cambiado de nacionalidad?

—Sí, pero emplea un nombre falso. Sus papeles están a nombre de Brennero, y él afirma ser de origen italiano, mientras que, como sabes, se llama realmente Brenner y es de origen alemán. Un cambio tan sencillo le ha costado muy poco esfuerzo.

Los dos hombres hablaban mientras subían por la escalera que parte el vestíbulo, y que está alfombrada en rojo. Pese a su costumbre de tener prevista cualquier situación, no pensaban que iban a encontrarse con Brenner tan pronto ni de aquella manera.

De repente lo vieron.

Estaba en la baranda del piso superior, apoyado en ella, y les apuntaba ya con una «German Luger».

En sus ojos brillaba una mirada asesina, una mirada de loco.

Los dos hombres se detuvieron casi en seco, mientras tenían unos segundos de vacilación.

Por las mentes de los dos pasó en aquel terrible instante el mismo pensamiento: No era lógico que Brenner se portase así, que se lo jugara todo a una carta. Brenner era uno de esos pájaros sin importancia que uno sujeta para que canten y luego deja marchar, porque no hay contra ellos cargos de calibre pesado. Brenner había sido un esbirro SS, pero no se había distinguido de un modo especial, y además, desde que él actuó, habían transcurrido más de veinte años.

No, no había razón para que se jugase la vida a una sola carta, en una tierra extraña, cuando los delitos por crímenes de guerra estaban a punto de prescribir según la ley alemana y cuando lo máximo que arriesgaba, en el caso peor, era una condena a cinco años.

Esos pensamientos fueron rápidos, instantáneos, y sin embargo parecieron ocupar todo un periodo de la vida de los dos hombres.

Tuvieron la sensación de que jamás olvidarían aquel rostro deformado por el odio y el horror, y de que jamás olvidarían tampoco aquella pistola que apuntaba directamente a sus cabezas.

De pronto su instinto les hizo moverse.

Jamás aquellos hombres se detenían demasiado tiempo en pensar. Siempre actuaban. Y una voz en el fondo de sus cráneos pareció escribir con grandes letras rojas: ¡Peligro!

Los dos se movieron al mismo tiempo, uno a la derecha y otra a la izquierda, para desorientar a su enemigo.

Este disparó rabiosamente. Las balas retumbaron en el apacible ambiente del hotel «Europa's».

Las dos muchachas de la tienda de souvenirs, situada en la planta baja, se pegaron instintivamente a las paredes. Las empleadas de la oficina de Cambio de Moneda y de Correos, situadas en la segunda planta, salieron al exterior, sin comprender lo que ocurría. Hubo un camarero del bar, un veterano de la guerra, que sintió cómo renacían sus viejos instintos de la batalla de Rusia. Sin darse cuenta él mismo, se arrojó a tierra y sus manos buscaron un fusil que no tenía.

Todo esto sucedía en cinco segundos, en el brevísimo tiempo que necesitan dos balas para llegar a su destino.

Nick sintió que un brusco calambre recorría su cadera derecha. La pistola que ya empuñaba cayó al suelo.

Johnny, que se había pegado a un costado de las escaleras, fue más rápido que él.

Tiró tres veces, apuntando al centro del cuerpo de Brenner. Este lanzó un agudo grito, mientras se pegaba aún más a la barandilla. Varias gotas de sangre saltaron trágicamente al piso inferior.

Johnny sabía que le había dado bien, pero vio que su enemigo aún intentaba guarecerse y disparar de nuevo.

Las balas se cruzaron en el aire. En el vestíbulo del hotel sonaron gritos de alarma.

Johnny, pegado a la pared, veía parte de la cabeza de su enemigo, deslizándose a lo largo de la barandilla. Apuntó fríamente.

La bala hizo saltar nuevas gotas de sangre. A pesar de su trágica experiencia en aquella clase de luchas, el joven no pudo evitar una mueca.

Ahora sí que Brenner había caído bien. Ahora sí que estaba listo para siempre. Sin embargo Johnny necesitaba asegurarse, y por eso corrió hacia el piso superior.

No necesitó más que una sola mirada.

Brenner, pues no había duda de que era él, tenía la cabeza partida por la bala. Estaba más muerto que los alemanes enterrados entre la nieve de Stalin-grado.

Nick se sujetaba la cadera, donde le había alcanzado una bala de Brenner. La herida no parecía grave, pero necesitaba cuidados urgentes. Y, sobre todo, lo que necesitaban los dos era lo más urgente, sencillo y a la vez complicado del mundo: ¡Huir!

A los ojos de las autoridades rusas, lo que acababa de ocurrir era ni más ni menos un asesinato. Tanto Johnny como Nick podrían explicar su actitud, desde luego, pero quizá tardarían dos meses en convencer a la policía soviética.

Era mejor salir de Leningrado cuanto antes. ¿Pero cómo?

Nick había recogido su pistola, guardándola. Johnny hizo lo propio. Vio que el vestíbulo estaba vacío, porque la gente había

buscado refugio mientras duró el tiroteo. Pero ahora, al volver el silencio, un verdadero alud de gente se lanzaría sobre ellos.

Johnny pensó que todo había salido al revés de como esperaban. La orden era capturar a Brenner sin ruido, llevarlo al consulado de los Estados Unidos, interrogarlo allí.

Nada importante. Sacar unas palabras a un testigo en país extranjero, como se había hecho centenares de veces.

¡Y ahora ellos habían revolucionado a media ciudad! ¡Ahora ellos mismos se habían metido en una ratonera!

Johnny susurró:

—Vamos, Nick. Creo que estamos perdidos, pero hay que intentarlo.

—¿A dónde iremos?

—Al consulado, si es posible. ¡Pronto!

Cruzaron el vestíbulo como dos exhalaciones. Nick iba dejando un leve rastro de sangre, pero hubiera jurado que la herida no le dolía. Al llegar a la puerta, miraron en ambas direcciones.

Varios transeúntes corrían hacia el hotel. Otros lo miraban desde la acera frontera, sin saber qué partido tomar.

En la esquina de la Perspectiva Nevsky había gente adquiriendo periódicos en un quiosco. Todos miraban hacia allí.

Estos detalles quedaron grabados en la mente de los dos hombres como en una cámara fotográfica, y supieron que ya no los olvidarían nunca. Supieron que aunque viviesen muchos años —cosa improbable— siempre recordarían los rostros pasmados de los testigos, siempre oírían las pisadas de los que se acercaban hacia el hotel y creerían oír de nuevo los estampidos que aún retumbaban en su cráneo.

Completamente desorientados, los dos pensaron lo mismo:

No tenían adonde ir.

Correr era ridículo. Docenas de personas les estaban mirando. No podían cometer la estupidez de ponerse a hacer una carrera de «cross» por las calles de Leningrado, con docenas de personas pisándoles los talones. Era absurdo.

Disimular, tampoco. La gente les miraba. Todos se habían dado cuenta de que, de un modo u otro, estaban ligados a las detonaciones que se habían oído unos segundos antes.

¡Un taxi! ¿Y si pasara por allí un taxi? No, claro, un vehículo público no querría llevarles. Además no pasaba por allí ninguno en esos decisivos momentos.

A Nick volvieron a torturarle los dolores en la cadera. Con gusto se hubiera puesto a chillar.

Y fue en ese decisivo momento, al creerse completamente perdidos, cuando sonó aquella voz:

—¡Chist!

Los dos miraron en la misma dirección, negándose a dar crédito a sus oídos.

Frente a la puerta del hotel había estacionado un automóvil negro, un «Fiat 2300» de gran potencia.

Y al volante estaba una mujer. ¡Una mujer a la que sólo faltaban las alas para parecerse a un ángel!

Al menos eso fue lo que les pareció a los dos. Saltaron al mismo tiempo, mientras ella abría una de las portezuelas posteriores.

La situación, en sí, era increíble, pero ninguno de los dos podía detenerse a analizarla ahora. Vieron que la muchacha maniobraba hábilmente en la ancha calle, donde además no había un solo vehículo circulando que pudiera entorpecerla. Un segundo más y se encontraron en la Perspectiva Nevsky, rodando a buena velocidad, mientras los gestos de alarma que al principio les había acompañado se iban diluyendo poco a poco.

La gente veía tan sólo un coche extranjero más, y no se detenía a seguirlo con la mirada. La alarma sembrada por los disparos quedó muy atrás a los pocos instantes.

Tanto Johnny como Nick sintieron que unas gotas de sudor resbalaban por sus frentes, a pesar de que no hacía calor.

Las calles de las ciudades soviéticas son, hoy por hoy, el lugar ideal para una fuga en automóvil. No hay vehículos que entorpezcan el tráfico, no hay apenas semáforos, no hay casi guardias. La gente es seria, ordenada y tranquila. Lo que en una ciudad occidental hubiera sido imposible a causa de los embotellamientos y las luces rojas, fue aquí lo más sencillo del mundo.

Apenas se habían dado cuenta de lo sucedido cuando ya rodaban lejos de la ciudad, en dirección a la frontera finesa.

Fue entonces cuando oyeron por primera vez la voz de la mujer desconocida que les había salvado.

Hablaba en inglés, pero con tal acento ruso que no cabía ninguna duda acerca de su nacionalidad.

—¿Tienen sus pasaportes en regla? —se limitó a preguntar.

—Sí —dijo Johnny—. Los dos los llevamos siempre encima y están en regla. Un pasaporte es casi siempre más útil que una pistola.

—Entonces todo marchará bien.

—¿Y usted? ¿Lleva usted su pasaporte?

—¡Claro que sí!

Prestó su atención a la carretera, para tomar una curva por la que se acercaba un pesado camión del Ejército Rojo, y luego volvió nuevamente la cabeza hacia ellos.

—Soy corresponsal periodístico en Italia —añadió—. Puedo usar este automóvil en territorio soviético y salir de él cuando me plazca, siempre que no contradiga las órdenes de mi periódico.

Johnny cerró un momento los ojos.

Le parecía increíble que hubieran logrado salir del hotel «Europa's», de Leningrado, y que ahora estuviesen allí, camino de la frontera finesa, en un lujoso coche italiano y en compañía de una mujer bonita. Todo parecía absurdo, como en los sueños, pero en todo caso aquél era un sueño al que valía la pena dedicar la mitad de las noches de una vida.

—¿Para qué estaba usted en Rusia? —pregunté 'suavemente, abriendo los ojos de nuevo.

La muchacha volvió apenas la cabeza al decir:

—Estoy aquí para matar.

DOS

APROXIMADAMENTE mientras estos sucesos tenían lugar en la frontera ruso-finesa, otros acontecimientos se desataban en Francia, en regiones apacibles donde los turistas se dedican a la «dolce vita» durante los meses del verano. Pero los tres tipos que ahora marchaban en un automóvil a gran velocidad no eran turistas ni pensaban en la «dolce vita». En todo caso pensaban en la «dolce morte».

El coche, un «Panhard» seis plazas capaz de alcanzar elevadas velocidades, había salido de Toulouse por la mañana, y rodaba por la carretera 124 en dirección a Armagnac, célebre por sus bebidas espirituosas. Al llegar al cruce con la carretera 21, el automóvil giró a la derecha y se dirigió a Agen, ya claramente en dirección noroeste. Desde allí, por la carretera 113, buscó el cruce con la 133. El conductor parecía tener aquella ruta grabada en la memoria y no se equivocaba nunca. En el cruce tomó la derecha, para dirigirse a Perigueux.

Cualquier persona que desde un avión hubiera controlado los movimientos del vehículo, sería incapaz de decir en ese momento si el «Panhard» se dirigía a París o, por el contrario, rodaba hacia Normandía o la frontera belga.

La verdad era que los tres hombres tampoco lo sabían.

Buscaban a alguien y no sabían si lo encontrarían en Perigueux o más adelante. Era allí precisamente, en Perigueux, donde tenían que ponerse en contacto con un enlace.

La comarca era lisa, surcada por pequeñas colinas, y la carretera recta permitía mantener las altas velocidades. Los tres hombres

conocían aquello muy bien.

El primero, Blanchot, había estado allí en 1940, durante la ofensiva alemana de mayo. Fue en esa zona donde cayó prisionero, después de matar a tres enemigos sin más ayuda que la de su cuchillo.

El segundo, Joffre, el hombre que tenía apellido de mariscal, había sido «maquissard» en aquella comarca hasta que la ocuparon los aliados en 1944.

El tercero Bentley, el hombre que tenía apellido de marca de automóvil de lujo, era comerciante en Angulema, a escasa distancia de allí.

Blanchot masculló:

—Buen terreno para la guerra de tanques, ¿eh?

—Lo fue —dijo pensativamente Joffre—. Buen terreno para los alemanes, en aquella época.

—¿A cuántos matasteis aquí?

—Fueron miles, especialmente en 1944, cuando la Wehrmacht iba a la desbandada. Pero no me gusta recordar aquello. Yo pienso en los SS, en dos que no hacían otra cosa que matar mujeres y niños. Pienso en el tipo a quien vamos a cazar.

Perigueux apareció a sus ojos como una población de casas bajas, con tejados rojos, numeroso arbolado y una ancha calle central donde, pese a la prohibición, los coches desarrollaban espectaculares velocidades.

A la derecha había un pequeño restaurante, de viejas y polvorientas cortinas que hablaban de otra época. Dentro, el ambiente era rústico y no demasiado limpio. Hombres silenciosos que ya terminaban de comer se pasaban unos a otros la gran bandeja con ocho variedades de queso.

Los tres hombres se sentaron a una mesa y pidieron solamente un filete cada uno, junto con una botella de vino. El mozo que les sirvió era un tipo alto, desgarbado, de unos cuarenta años. Los tres recién llegados sabían que aquel hombre tenía la espalda aún surcada por profundas cicatrices, causadas con un látigo alemán cuando aún era un muchacho. Pero la camisa que colgaba de sus flacos hombros no permitía distinguirlas.

Comieron en silencio, y luego Blanchot pagó por los tres.

—Cobre.

El mozo delgado devolvió el cambio.

—Tome, señor.

—¿Eso es todo? ¿Puede decirme qué combinación es mejor para ir desde Angulema a París? Nuestro coche ratea. ¿O podemos repararlo en el mismo Perigueux?

—Si pueden llegar hasta Angulema, háganlo. En la estación les pueden informar. Creo que hay un tren a las once en punto de la noche.

—Gracias.

Blanchot dejó una propina y los tres hombres se pusieron en pie.

Una frase había quedado grabada en sus mentes. Estación de Angulema, a las once de la noche.

No la olvidarían.

* * *

La estación de Angulema estaba oscura y triste a aquella hora de la noche. Un polvo sutil flotaba bajo los conos de luz de las lámparas. Se oía el «tac-tac» de algunos ferroviarios al comprobar los ejes con sus martillos, y el ruido de unos vagones de mercancías al ser enganchados. Solamente eso.

Los tres hombres —Blanchot, Joffre y Bentley— penetraron en el recinto. Ahora vestían gabardinas oscuras y llevaban las manos en los bolsillos. Sus rostros destacaban como extrañas manchas blancas en la penumbra de la estación.

Un tren local se estaba formando en la primera vía. Su hora de partida, según rezaba en la tablilla, estaba señalada para las once.

Los tres hombres se acercaron allí. Dos por la derecha, por el lado de los pasillos. Uno por la izquierda, por el lado de los departamentos.

No se distinguía a ningún gendarme. Nadie vigilaba aparentemente la tranquila estación provinciana, donde un tren somnoliento se disponía a partir con viajeros también somnolientos, con gentes que parecían ir a ninguna parte.

De pronto les vio Joffre.

Ella era rubia, alta, y hubiera llamado la atención en cualquier sitio. No resultaba, desde luego, la mujer ideal para pasar

desapercibida, y eso debió ser tenido en cuenta por Bronstein, el tipo a quien buscaban. Pero puesto que a Bronstein le gustaban las mujeres altas y rubias, allá él con el paquete.

El tipo que estaba a su lado se llamaba Kurzon. Blanchot lo había conocido en el campo de concentración de Drancy, donde los judíos franceses eran reunidos antes de su envío a las cámaras de gas. Entonces Kurzon era mucho más joven y llevaba un bonito uniforme SS, pero ahora, después de los años, se le seguía reconociendo fácilmente.

Blanchot se pasó la lengua por los labios.

Bueno, allí estaban.

La búsqueda por medio Francia, las horas interminables de espera, iban a dar su fruto.

Blanchot masculló:

—Narices.

Subió al vagón descuidadamente, como quien no quiere la cosa. Había observado ya que el pasillo se encontraba vacío. Su mano derecha seguía quieta en el bolsillo de la gabardina.

La rubia y su compañero Kurzon le habían visto, pero al parecer ninguno de los dos le reconocía. Blanchot se acercó a ellos.

Cuando estuvo junto a Kurzon, extrajo la mano de su bolsillo derecho.

En ella brillaba un cuchillo.

Era un cuchillo no muy largo, pero extremadamente afilado y, hasta en cierto modo decorativo. En su hoja había una inscripción:

“SANGRE Y HONOR”

Blanchot puso, sin más preámbulos, el cuchillo en un costado del distraído Kurzon.

Este se volvió. Se encontró cara a cara con unos ojos helados y con unas facciones espantosamente rígidas, como talladas en metal.

—¿Kurzon?

El del tren intentó sonreír.

—Se equivoca. Me llamo André.

—¿Y es francés, no?

—Exacto.

—Narices.

Kurzon intentó defenderse.

—¿Qué es esto? ¿Un atraco?

—No chilles, Kurzon. De nada te va a servir.

—Le juro que...

—Sólo quiero saber una cosa.

La rubia estaba inmóvil, como petrificada. Blanchot ya no se acordaba de ella.

—Si sólo se trata de saber una cosa —musitó Kurzon—, le complaceré. Debe estar loco, amigo, pero a los locos hay que darles la razón.

—Oh, claro... Y tú me la vas a dar, pichón. ¿Dónde está Bronstein?

Kurzon palideció. Sus ojos tuvieron un fulgor asesino que duró sólo unos instantes.

Hizo ahora un nuevo gesto de defensa, pero esta vez realmente eficaz. Su derecha voló hacia la funda sobaquera que se insinuaba bajo su americana bien cortada.

Blanchot no le dio tiempo.

Dijo simplemente:

—Narices.

Acababa de recordar que aún disponía de la rubia, y que ésta podría decirle lo que Kurzon no diría ya nunca. Si Kurzon se ponía tonto y tenía que morir, ¿qué más daba?

Apretó con suavidad.

El cuchillo penetró hasta el fondo del corazón de Kurzon, causándole un estremecimiento de frío. Sólo fue eso. De repente Blanchot lo sacó y lo volvió a clavar, ahora con más impulso. Todo el cuerpo de Kurzon sufrió un estremecimiento y se fue arrugando lentamente, hasta caer a tierra. Pero no llegó a desplomarse del todo. Blanchot lo sostuvo.

Mientras tenía en sus brazos el cadáver, miró a la rubia.

La rubia parecía ahora más alta, más bonita y más peligrosa que nunca. Peligrosa sobre todo, porque empuñaba una pistola chata en su mano izquierda.

La nena era zurda. Eso fue lo que pensó Blanchot de una manera mecánica y lejana. Bueno, ¿y qué?

Ella susurró:

—Llévelo adentro.

Señalaba con el mentón el apartamento de primera junto al cual se encontraban. Blanchot obedeció, dejando al muerto tendido sobre el diván, como si estuviese hundido en un dulce sueño. Luego volvió a mirar a la rubia.

«Alemana del Norte —pensó—. Muy bonita ahora, pero no valdrá gran cosa a partir de los cuarenta...»

—Muy bien —dijo la rubia—. Voy a tener que saltar del tren, pero tú te quedarás. Lo sienta, idiota...

Blanchot calculó sus posibilidades.

Era un cuarentón con bastante grasa, con muy poca agilidad y carente de reflejos para tomar decisiones instantáneas. No se veía a nadie por los alrededores, nadie que pudiera salvarle. Comprendió que ella tiraría a la cabeza y que no desperdiciaría la primera bala.

Resultaba estúpido morir allí, en una estación provinciana y tantos años después de terminada la guerra, pero Blanchot ya no podía evitarlo. Cerró los ojos en una última reacción de miedo.

Y en aquel momento Joffre y Bentley aparecieron detrás de la rubia, acariciándole delicadamente la espalda con sus cuchillos.

Ella lo notó. Supo que aquellas puntas aceradas se clavarían en su carne como se habían clavado en la carne de Kurzon. Soltó la pistola suavemente, con un gesto lleno de resignación, y alzó las manos un poco.

—No tanto —pidió Joffre—. No queremos que nadie note que aquí se celebra una reunión social.

—No me matéis... No me matéis como a él. Diré lo que sea.

Joffre susurró:

—Sólo queremos que nos digas dónde está Bronstein.

—No... No lo sé.

—¿Dónde está Bronstein?

—He dicho...

—Tú no has dicho nada, preciosa. Al menos nosotros no te hemos oído. Vamos a darte una última oportunidad para que nos digas dónde está Bronstein. De lo contrario...

Las puntas de los cuchillos presionaron más sobre el cuerpo de la mujer. Esta tuvo un estremecimiento de miedo y de repugnancia, porque estaba mirando cara a cara el cadáver de Kurzon.

—Han pasado tantos años... —balbució.

—Razón de más para que ahora no dejemos escapar nuestra presa. Nos hemos pasado media vida buscando a Bronstein.

—No sé dónde...

En aquel momento un hombre avanzaba por el pasillo.

Era de mediana estatura, más bien bajo, ancho de espaldas, y debía tener unos cuarenta y cinco años.

Vestía una gabardina negra e iba cubierto con un sombrero del mismo color.

Sus ojos distinguieron el grupo dentro del apartamento. Instantáneamente se detuvo.

Palpó la granada de mano que en invierno siempre llevaba colgando de su cintura, disimulada bajo las ropas anchas y gruesas. Aquella granada había sido fabricada veinte años atrás, y no había tenido necesidad de emplearla nunca. Ahora, en cambio, iba a servirle.

Pareció preguntarse si una sola bomba podría matar, aunque fuera en tan reducido espacio, a tres hombres y una mujer.

Sus ojos reflejaron duda. Retrocedió paso a paso.

La mirada paseó por el andén y se detuvo en un carromato mecánico que estaba cargado de latas de a cinco litros. Eran latas de gasolina, y llevaban encima la marca «B. P.». Al conductor del vehículo no se le veía por ninguna parte.

La estación tenía un aspecto más vacío, más silencioso, más somnoliento que nunca.

Una máquina que hacía maniobras silbó a lo lejos, en la oscuridad, mientras el hombre de la gabardina negra descendía del convoy y retiraba una de las latas de cinco litros.

Subió de nuevo.

La mujer iba a hablar. Estaba asustada y acabaría diciendo dónde se encontraba él, Bronstein. Tenía que morir en compañía de los otros.

Se deslizó por el alfombrado pasillo sin causar el menor ruido, con la lata en una mano y la bomba en la otra. Oía las voces de uno de los hombres diciendo a la rubia que le atravesaría los riñones dentro de un segundo, si no hablaba. Se dio cuenta de que todos estaban pendientes de ella, de su voz, y no le veían.

Sus gestos fueron instantáneos.

Desde la misma puerta del apartamento, lanzó al interior la lata, haciendo que quedase en el centro del grupo. Inmediatamente lanzó la bomba.

Escuchó un grito de estupor, una maldición que no llegó a ser formulada del todo, y enseguida un horrisono estampido.

La bomba hizo estallar la lata de gasolina, que estaba materialmente bajo ella. El líquido se inflamó con un terrible sonido de succión, y las llamas envolvieron a la mujer y a los tres hombres.

Uno de ellos, Joffre, intentó salir del apartamento, pero, la bomba le había herido y cayó a tierra. Su espantoso alarido pareció hacer retremblar el vagón entero.

Bronstein corrió pasillo adelante, con expresión despavorida, mientras gritaba como un loco:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Un vagón está ardiendo! ¡Fuego...!

Dos ferroviarios saltaron inmediatamente hacia el lugar del siniestro. Uno de ellos tropezó materialmente con un cuerpo medio consumido por las llamas y se desmayó igual que si le hubieran dado un golpe en la nuca. El otro empezó a pedir a grandes gritos un extintor de incendios.

En la confusión reinante, Bronstein pudo saltar a las vías, y desde allí saltó, por una pared baja, a un camping cerrado y un pequeño velódromo que estaban junto a la estación. La carretera principal, deslizándose bajo la catedral de San Pedro, en Angulema, estaba a unos pocos pasos. Bronstein saltó a ella e incluso se permitió el lujo de fumar un cigarrillo en un bar situado a unos quinientos metros, que estaba abierto hasta medianoche.

Al encenderlo, dijo suavemente, casi con dulzura:

—Fuego...

TRES

PARA llegar a la frontera finlandesa tuvieron que atravesar una región que no hubiera podido decirse exactamente si estaba ocupada por la tierra o estaba ocupada por el mar. Cientos y cientos de islas, grandes unas e insignificantes otras, brotaban del agua, dando una sensación de maremágnum, de caos que llegaba a producir vértigo. Sin embargo la carretera era buena y sólida, y llegaron a la frontera de Finlandia en un tiempo muy breve, tras atravesar la ciudad de Viborg.

Los guardias fronterizos rusos revisaron los pasaportes sin obligar a los ocupantes del coche a bajar del mismo. De este modo no pudieron darse cuenta de que uno de los dos hombres iba herido.

Los pasaportes americanos de Johnny y de Nick pasaron a manos de un oficial alto y rubio, impecablemente vestido, quien los examinó letra por letra.

Mientras tanto, los dos hombres contenían la respiración. ¿Habría alguien comunicado desde Leningrado con la frontera finesa, explicando lo sucedido en el hotel «Europa's»? ¿Estarían sobre aviso los guardias fronterizos rusos?

En todo caso el aviso, lo que ellos tanto temían, podía llegar en cualquier momento.

Sonó el teléfono en la caseta de los guardias fronterizos. Uno de ellos salió para avisar al oficial.

Este pidió:

—Perdonen.

Se introdujo en la caseta y se le oyó hablar por teléfono. Sólo

decía «Da, da, da»... es decir se daba por informado de algo que le explicaban desde el otro lado de la línea, seguramente desde Leningrado. Johnny comprendió que tenía que ser el aviso de lo sucedido en el hotel. La advertencia para que no dejase huir a dos hombres con aspecto de americanos, uno de los cuales debía ir herido.

Johnny acarició instintivamente la culata de su pistola, mientras apretaba los labios sin darse cuenta.

—Dos disparos quizá me bastarían para tener vía libre —susurró al oído de la muchacha—. Podríamos llegar en diez minutos a la frontera de Finlandia...

—No hará eso.

—No pensaba tirar a matar —aclaró Johnny—. Sólo herir a esos que están delante, para que se quiten de en medio...

—Son compatriotas míos.

—Pues si a ese compatriota tuyo —dijo Johnny señalando hacia la caseta— le están explicando lo ocurrido en Leningrado, vamos todos listos, preciosa...

En aquel momento el oficial salió.

Sus facciones seguían impasibles, y no dirigió al coche una sola mirada.

—¿Alguna anormalidad? —preguntó la muchacha—. Ya sabe que los periodistas somos muy curiosos.

—No. Una simple cuestión de Aduanas. Se teme que por aquí pueda pasar un cargamento de drogas, pero tenemos localizados a los que las transportan.

El suspiro de alivio de los dos hombres, cuando el oficial les tendió los pasaportes, debió oírse al otro lado de la frontera.

—Gracias, pueden pasar.

Dirigió una sonrisa a la muchacha.

—Buena suerte, tovarich. (1).

(1) Camarada. Incluso los militares suelen darse ese tratamiento.

El coche rodó por la tierra de nadie hasta territorio de Finlandia. Allí las formalidades fueron menores aún, al explicar que viajaban en tránsito. El potente «Fiat 2300» se puso a volar materialmente hacia Helsinki, hacia la capital.

Cuando llegaron a ésta, la muchacha rusa dijo que podía proporcionar un médico de confianza a Nick. Conocía a uno que vivía cerca del Estadio Olímpico y que había ayudado ya en casos similares a algunos compatriotas suyos. Era miembro del Partido y no les cobraría nada. Bastaría que ella respondiera por el herido.

El médico vivía en una casa de dos pisos, construida con ladrillo rojo, y por cuyas paredes trepaban unas plantas mustias y de color pálido. Tenía un consultorio un poco pasado de moda, donde la mayoría de los instrumentos recordaban la época de Pasteur y de Koch, pero su mirada era clara e inteligente.

Examinó a Nick con atención, tras hacerle desnudarse la cadera herida.

—¿Cuánto hace que le alcanzaron?

—Cinco horas, quizá algo menos. ¿Es grave?

—Por suerte ha perdido mucha menos sangre de lo que es normal en estos casos. No, la herida no me parece grave. Lo único que deberá hacer, después de mi cura, será guardar cama durante unos siete días.

—¿Cama? ¿Por qué? ¡Me encuentro perfectamente!

—Ahora tiene esa sensación, pero dentro de unas horas se derrumbará verticalmente. Lo que en este momento le sostiene son los nervios y su misma ansiedad por vivir, amigo. Haga lo que le he pedido: En Helsinki hay algunos buenos hoteles donde uno puede pasar una semana cómodamente.

Nick casi gritó:

—¡Pero ahora no puedo! ¡Tengo un trabajo que por fuerza debo terminar! ¡Ahora que lo he empezado debo llegar hasta el fin!

Johnny susurró:

—Lo continuaré yo.

—No podrás. Tú solo no podrás.

—Claro que podré, Nick.

—Un hombre solo es incapaz de cubrir toda Europa.

—Olvidas que hay tres más. Te olvidas de Blanchot, de Joffre y de Bentley.

—Esos trabajan como auxiliares. En cierto modo no pueden moverse de los límites de Francia.

Johnny hizo un gesto suave, pasando la derecha por el hombro

de su amigo, y susurró:

—No olvides que aún soy tu superior, Nick. Un superior un poco teórico, pero que al fin y al cabo es el que debe tomar las decisiones. Te quedarás en Helsinki durante una semana, hasta que yo te avise.

La mueca con que Nick curvó los labios hacia abajo hubiera podido servir para una imagen de la desesperación.

—¿Qué debo contestar? —susurró al cabo de unos instantes—. ¿Debo contestar: «A tus órdenes»?

—Creo que en este momento eso es precisamente lo que debes hacer, muchacho.

El médico susurró:

—Yo no sé cuál es su trabajo ni qué han venido a buscar a Finlandia, pero únicamente digo, como médico, que si este hombre no es debidamente atendido estará mucho peor dentro de una semana. Y entonces ya no habrá quien responda por él. Sabido eso, hagan lo que les parezca.

Nick se resignó, aunque sus manos crispadas indicaban bien claramente el dolor que sentía.

—Está bien —masculló—. Llevadme donde sea.

Lo instalaron en un hotel situado cerca del Parlamento, desde el cual se divisaba un tranquilo panorama de casas bajas y cúpulas doradas. Johnny dejó a su amigo dinero suficiente, una pistola cargada y dos cápsulas de veneno, y aquella misma tarde partió con la muchacha hacia el aeropuerto de Helsinki.

Allí alguien les vigilaba. Ellos no lo sabían aún, pero alguien estaba tras sus huellas.

* * *

El aeródromo de Helsinki —que ostentaba su nombre en los dos idiomas usados en el país, o sea el finés y el sueco— no tiene más instalaciones que unos edificios bajos y casi insignificantes, pero modernos, donde todo es funcional y habla de las limitaciones de un país que se mantiene independiente casi por milagro, y donde nada sobra.

El hombre que llegó tras ellos en un taxi era bajo, grueso y tenía la cabeza con una curiosa forma de huevo. Iba bien vestido, y su sonrisa bobalicona inspiraba confianza.

Llevaba un paquete bien atado en la mano derecha y una monumental caja de bombones en la izquierda.

Lo primero que hizo, mientras Johnny y la muchacha buscaban dos pasajes para Estocolmo, fue preguntar si podía facturar el paquete para la capital sueca, y precisamente en el primer avión que saliese.

—Imposible, señor. La carga ya ha sido pesada y comprobada. Ya no podemos admitir nada más.

—Entonces, ¿no podría conseguir un pasaje para llevarlo yo mismo?

—¿Tan importante es? ¿No puede enviarlo en el avión que saldrá mañana?

—Es importantísimo. Necesito que el paquete esté en Estocolmo esta misma tarde.

—Bueno... —la empleada sonrió—. Le resultará todo un poco caro, pero puedo darle la última plaza que queda libre. Había tres. Ese caballero y esa señorita acaban de adquirir los otros dos.

Señalaba con el mentón a Johnny y la muchacha rusa, que se deslizaban por el pasillo que conducía a las pistas.

El tipo gordo susurró:

—Hum... Deliciosa chica.

Abrió la caja de bombones y se puso a comerlos delicadamente, mientras les seguía.

Nadie hubiera sospechado que aquel tipo grueso, con cara de huevo y aspecto de felicidad, pudiera ser un emisario de la propia muerte.

CUATRO

EL comisario Billancourt, de la Sureté Nationale, examinó los objetos cuidadosamente ordenados y numerados sobre la mesa.

Los cadáveres estaban a poca distancia de allí, y ocupaban un espacio increíblemente pequeño. La verdad era que los cinco cabían en una sola mesa. Estaban ya irreconocibles y despedían un hedor espantoso a goma quemada. No se podía adivinar por sus posturas si habían sufrido o no en sus últimos momentos, porque ya no tenían forma humana. El comisario Billancourt, que había visto algunos accidentes de aviación, se sobrecogió sin embargo ante este espectáculo.

Los dos agentes que le acompañaban estaban sudando y habían palidecido, señal evidente de que podían caer redondos al suelo de un momento a otro.

Billancourt susurró:

—¿Es eso todo lo que queda?

—Todo, señor.

—¿Qué han dicho los peritos sobre las causas del incendio?

—No han emitido un informe definitivo, porque medio vagón estaba achicharrado, señor. Pero parece que la cosa se provocó. Previamente alguien había robado una lata de gasolina de un transporte de «BP», y hay testigos que oyeron el estallido de una bomba.

—¿Alguna detención?

—Nada, señor.

Billancourt gruñó:

—Pues sí que nos hemos cubierto de gloria...

—Una de las víctimas era una mujer, comisario. Una alemana rubia, alta y estupenda.

El comisario volvió la cabeza. Sus ojos se habían nublado.

«¿Cuál de esos cuerpos será el de la mujer?», pareció preguntarse. Luego hundió los hombros y volvió deliberadamente la espalda a la mesa.

—Veamos los objetos —susurró.

Estos eran muy vulgares. Lo que cuatro hombres y una mujer pueden llevar sobre sí un día cualquiera, con excepción de las cuatro pistolas y el cuchillo; cuyo metal había sido respetado por el fuego.

El comisario hizo anotar las marcas.

—Una «Mauser», una «Astra», una «Browning» y una «German Luger». Bonito catálogo. Anote los números, Pierre.

—Esto da toda la sensación de un atraco, comisario.

—No. Da la sensación de algo más serio.

—¿Más serio que un atraco?

—Sí, Pierre. Mucho más.

—¿Por qué?

—Ese cuchillo.

Los ojos de los tres hombres fueron hacia él. Por la ventana entraba una luz suave, nostálgica, que parecía haberse dulcificado al contacto con las piedras medievales de Angulema. Desde la catedral provino un tañido lejano y dormido que también parecía llegar desde el fondo de otra época.

Un último rayo de sol se reflejó sobre el cuchillo y sobre la inscripción grabada en él:

“SANGRE Y HONOR”

—¿Qué significa ese cuchillo? —preguntó el agente Pierre.

—Lo llevaban los SS alemanes durante la guerra. Era una especie de distintivo. Esta clase de cuchillos, con los que se han cometido infinidad de crímenes, son muy buscados por los coleccionistas.

—Pero no me hará creer, comisario, que por conseguir uno de ellos alguien achicharró a cuatro personas y envió al diablo medio vagón de tren. Han pasado ya casi veinticuatro horas y aún no lo comprendo.

—No —dijo el comisario—, no creo que nadie armase tanto escándalo por un cuchillo. Pero uno de los muertos lo llevaba, y además...

Se volvió y señaló otra mesa, al fondo. Allí reposaba un nuevo cadáver que, a causa de haber estado tendido sin duda sobre el diván del departamento incendiado, no había sufrido tan directa y brutalmente el contacto de las llamas. Se le podía reconocer, y Billancourt había visto ya que su corazón estaba atravesado por una cuchillada.

—Me parece que no se puede negar la relación entre ambas cosas —dijo—. A ese hombre lo liquidaron con esta hoja de acero. Era un antiguo SS, porque hemos encontrado el tatuaje en su piel; el que lo liquidó debió ser alguna de sus víctimas de hace varios lustros. Existe algo inexplicable en todo esto; algo que me hace pensar que la verdadera historia empezó hace veinte años...

CINCO

EL tipo grueso y con cara de huevo que había tomado el avión en Helsinki se retrepó en su asiento y se dedicó a contemplar el paisaje por la ventanilla, mientras comía delicadamente bombón tras bombón de la monumental caja que se había puesto sobre las rodillas.

El avión se deslizaba ahora sobre un paisaje no muy distinto al de la frontera ruso-finesa.

Docenas y docenas de islas que apenas emergían del agua, produciendo la sensación de que nunca se sabría dónde terminaba la tierra firme y dónde empezaba realmente el mar.

Las aguas estaban quietas y se mostraban asombrosamente limpias. Causaban la impresión de haber sido creadas exclusivamente para recreo de los poetas.

Johnny y la muchacha que le acompañaba ni siquiera se habían fijado en aquel hombre.

Estaba situado dos asientos delante del suyo. Ellos ocupaban los dos de la última fila, junto a los departamentos de servicios donde maniobraba la azafata.

Johnny encendió un cigarrillo, después de ofrecer a la muchacha, quien no aceptó. Las facciones del hombre se habían dulcificado un tanto después de la tensión de las últimas horas. En estos momentos parecía más joven y menos rígido. Ella se dio cuenta de que antes le había parecido una máquina que sólo servía para pelear y matar, pero ahora era distinto.

Por su parte, Johnny también la miraba.

Ella vestía con más elegancia que sus compañeras rusas, es decir

vestía como una muchacha occidental. Sin embargo no había el menor síntoma de coquetería en su atuendo ni en su rostro, pues iba sin pintar, no llevaba ninguna clase de maquillaje y sus cabellos cortos estaban peinados sin ninguna clase de artificiosidad. Era eso mismo lo que la hacía parecer más joven, más natural y más fresca. Comparada con algunas rebuscadas señoritas occidentales, aquella mujer tenía un encanto que resultaba difícil explicar, pero que saltaba a los ojos y al corazón como una misteriosa llamada.

Johnny susurró, de modo que no le oyesen desde los asientos vecinos:

—Hemos vivido una extraña aventura juntos y sin embargo no nos conocemos. Supongo que ahora me podrás decir tu nombre.

—Me llamo de una forma muy sencilla. Me llamo Elena.

—¿Puedo llamarte Ellen?

—¿Es que te suena mejor así?

—Me será más fácil pronunciarlo.

—Como quieras. Puedes llamarme Ellen, mientras no me conviertas en una muchacha americana.

—¿Por qué no?

—Los americanos sois despreciables y ridículos.

—En algunos aspectos lo somos, pero no en todos. Además no voy a discutir de eso, Ellen. Te debo tanto que no me sería posible enfadarme contigo aunque quisiera.

—¿Qué es lo que me debes?

—¿Te parece poco? Me has salvado la vida...

—No tanto. Hubieras sido juzgado, desde luego, pero con todas las garantías. No vayas a creer que te hubieran condenado a muerte.

—De todos modos hubiera sido un buen compromiso. —Giró la cabeza y preguntó, mirándola directamente a los ojos—: ¿Por qué me ayudaste, Ellen?

—Los dos estábamos haciendo el mismo trabajo.

—¿A qué trabajo te refieres?

—Bueno, no es hora de disimular —sonrió ella—. A estas alturas sería ridículo. Yo también buscaba a Brenner.

La noticia causó sorpresa a Johnny, pero la disimuló muy bien. Sus facciones siguieron impasibles.

—¿Para qué buscabas a Brenner?

—Quería arrancarle el actual paradero de Bronstein.

—¿Bronstein?

—No me digas que no lo conoces —musitó la rusa, mientras le miraba también directamente a los ojos.

—¿Para qué negarlo?

—De todos modos yo te explicaré su historia, por si hay algo que aún no sepas —dijo Ellen con suavidad, desviando la mirada—. Bronstein perteneció a los grupos de acción de Hitler desde la primera época del nazismo. Alcanzó altos grados en las SA y luego en las SS. Desde los años iniciales de la guerra fue encargado de la dirección de importantes secciones en los campos de exterminio, como ayudante de Eichman.

Miró por la ventanilla, que quedaba a su derecha, y luego añadió pensativamente:

—Él es responsable de la muerte de millones de seres inocentes, como lo fueron Eichman, Moller o Irma Greese, Martin Bormann o Heinrich Himmler. Pero así como algunos de ellos fueron ahorcados y se suicidaron, otros lograron esquivar a la ley. Entre ellos ocupa Bronstein un lugar destacado, no porque tuviera cargos políticos importantes, sino por su ferocidad demostrada a lo largo de los terribles años de la guerra.

—¿Se acusa también a Bronstein de la muerte de muchos rusos? —preguntó suavemente Johnny.

—Muchísimos. Fue jefe de «Unidades Especiales» en el Este durante el año 1943, quizá el más terrible para mi pueblo.

—¿Tu Gobierno te ha encargado buscar a Bronstein? ¿A ti, casi una chiquilla?

Ella dijo orgullosamente:

—¡Tengo veintiún años, y a partir de los dieciocho las mujeres rusas somos mayores de edad!

—¿Pero has sido encargada de buscar a Bronstein?

—No.

—Ya lo imaginaba. Además, tú no debiste sufrir, a causa de tu edad, aquellos terribles años.

—Sin embargo los conozco. Los conozco muy bien.

—¿Como periodista?

—Como algo más que eso. El profesor Sidoslav, de la Universidad de Kiev, estaba escribiendo un libro histórico, de gran rigor científico, sobre las organizaciones nazis después de la guerra. Interrogó a centenares de personas, empleó meses enteros consultando libros y más libros y al fin llegó a la conclusión de que Bronstein, junto con otros antiguos jerarcas nazis, aún estaba vivo. ¡Y entonces murió asesinado! ¡Una noche, en su propio despacho de la Universidad, le aplastaron a golpes la cabeza!

Johnny no se impresionó ante eso. Se había movido entre crímenes desde que nació. Se limitó a tomar nota del hecho.

—¿Qué relaciones te unían con el profesor Sidoslav?

—Yo tomaba al dictado su libro.

—Comprendo que le hubieras tomado cariño —dijo Johnny pensativamente—, ¿pero justifica eso que pretendas vengarle, metiéndote hasta el cuello en uno de los ambientes más siniestros del mundo?

—No es sólo eso.

—¿Es que hay más?

—Sí. Él debía dictarme el texto porque no tenía manos... ni ojos. Los nazis le arrancaron ambas cosas en 1943, para obligarle a declarar dónde estaban ocultos mi madre y mis hermanos. Sidoslav no habló. Yo hubiera dado mi vida por él y aún no hubiese pagado bastante lo que entonces hizo. Todos los libros que consultaba habían de serle leídos por otra persona, a pesar de lo cual los recordaba perfectamente. Yo cuidé de él... hasta la madrugada en que lo encontré muerto sobre su mesa de trabajo.

Johnny miró con más atención a la muchacha.

De repente ya no le parecía tan niña, y sabía leer en sus ojos la madurez de la persona que ya nació sufriendo.

Sin saber bien por qué, su mano fue al encuentro de una de las de Ellen. La estrechó suavemente.

Fue un momento.

—¿Te ocupas de esto por tu propia cuenta? —preguntó.

—Sí. Mi profesión y mis viajes por el extranjero me permiten tener siempre material de primera mano. Quiero terminar el libro que Sidoslav dejó inconcluso... ¡y quiero que Bronstein pague por lo que hizo! ¡Porque fue él, sólo él, quien cometió el crimen!

—¿Crees que Bronstein se hubiera atrevido a entrar en la mismísima Unión Soviética?

—Desgraciadamente sí. Han transcurrido muchos años y tiene numerosas amistades y varios pasaportes. ¿No se ha atrevido a entrar también en los Estados Unidos?

—Cierto. Hay orden de busca y captura contra él por inmigración ilegal —reconoció Johnny.

—¿Eres tú el encargado de hacerla cumplir?

—No. Yo estoy de vacaciones.

Ellen le miró mejor, como si no le creyese.

—¿Vacaciones? ¿Qué clase de vacaciones de sangre son las que estás haciendo?

—Nick y yo tenemos amigos franceses. Tres amigos franceses llamados Blanchot, Joffre y Bentley. Los tres sufrieron bajo Bronstein cuando éste dirigía el campo de concentración de Drancy, en París, durante la ocupación alemana. Los tres perdieron a sus hijos, a sus familias, lo perdieron todo. Juraron vengarse y nos pidieron ayuda a Nick y a mí, al conocernos durante una investigación en Francia. Todos pedimos nuestras vacaciones en el mismo mes. Unas vacaciones que habíamos de emplear... ¡en sembrar la muerte!

Ellen reflexionó unos momentos, con la mirada perdida en el techo del avión. Su expresión se había vuelto, grave, y de repente parecía haber envejecido.

Musitó:

—Os ayudé porque sabía que habíais matado a Brenner y porque adivinaba que estábamos unidos en la misma empresa. Pero esta situación es muy extraña. A veces pienso en ella y no acabo de convencerme de que todo esto sea realidad.

En aquel momento el tipo grueso con cara de huevo terminaba el último bombón de su caja.

Los bombones eran lo que más le gustaba en el mundo.

Su última comida.

Se levantó, con aspecto satisfecho, y fue al departamento de servicios. Calculaba que aún podía contar con unos cinco minutos.

En aquel momento Ellen dijo:

—Tengo sed. Pediré algo a la azafata.

—No te molestes en llamarla —sonrió Johnny—. Estamos junto a la puerta; yo mismo te lo traeré.

Fue una pura casualidad.

Lo pensaría cien veces en el minuto siguiente: Una pura casualidad. Entró detrás del tipo con cara de huevo, y de repente, cuando estaban a solas, éste extrajo un cuchillo.

Lo hizo cuando aún estaba de espaldas a Johnny, sin que éste lo notara. De repente se volvió como una centella, y Johnny vio la muerte brillar en sus dedos. Con un gesto instintivo, puramente maquinal, practicado cien veces durante los entrenamientos, se ladeó. La hoja de acero pasó rozando su traje y chocó lúgubrementemente contra el metal de la puerta.

Durante unas décimas de segundo los dos hombres, situados a medio metro uno del otro, se miraron.

Latía el estupor en los ojos de Johnny y la desesperación en los del tipo con cara de huevo. Johnny comprendió que aquel hombre había creído que le estaba persiguiendo, y por eso actuaba así. Pero en todo caso ya no quedaba tiempo para sacarlo de su error. ¡Había empezado una lucha a muerte!

La navaja se movió de nuevo. Era afilada, delgada y larga como un estilete. Johnny no se limitó a ladearse esta vez, sino que sujetó la muñeca derecha de su enemigo. Este lanzó un alarido mientras, en el estrecho espacio de la cabina, crujían sus huesos.

La azafata no debía estar allí, sino en el departamento de los pilotos. Los dos hombres se enfrentaban solos en una lucha sin piedad y sin cuartel, lucha que, por el momento, Johnny no entendía. Se dio cuenta de que no tenía espacio para voltear a su enemigo y romperle el brazo. Este jadeaba, apoyándose en los tabiques metálicos, y aumentando así su resistencia.

No se dieron cuenta de lo que sucedía realmente hasta que la puerta cedió bajo su terrible empuje. Los dos cayeron sobre el pasillo, entre los gritos y denuestos de los pasajeros. El cuchillo rasgó esta vez todo un lado de la americana de Johnny, dibujándole una herida poco profunda, pero extensa, en el pecho.

El gordo consiguió ponerse en pie.

La navaja trazó un alucinante zig-zag, al ir a clavarse hasta el fondo en el vientre de Johnny, pero éste logró mover las piernas a tiempo. Después de encogerlas, las proyectó con toda su fuerza

contra el estómago de su enemigo. Este recibió el impacto de lleno y lanzó un grito ronco al caer cerca del asiento que antes ocupara.

La navaja resbaló de entre sus dedos.

Johnny voló hacia él, pero el espacio seguía siendo demasiado exiguo y no le permitía maniobrar a gusto. Rodó por tierra sin alcanzar a su enemigo, mientras éste se abrazaba al paquete que había dejado antes a los pies de su asiento.

—¡No lo cogerás! ¡No lo cogerás!

Demasiado tarde, Johnny comprendió lo que sucedía.

Sus ojos se dilataron de asombro y su boca se abrió cómicamente.

Le parecía increíble, absurdo, loco, pero estaba sucediendo... ¡estaba sucediendo ante sus propios ojos!

Dio un puntapié al gordo y consiguió que el paquete resbalara de entre sus dedos. Lo tomó con una mano y con la otra inició una maniobra desesperada: ¡abrir en pleno vuelo la salida de emergencia!

Lanzó el paquete con todas sus fuerzas.

¡Y en ese momento el paquete estalló!

SEIS

NICK se sentía a gusto.

Llevaba pocas horas en el hotel, pero estaba satisfecho del trato, de la habitación, desde la que se dominaba un tranquilo paraje de Helsinki, y de la camarera finlandesa que le habían asignado. Una camarera que parecía un anuncio de las Olimpiadas por lo magníficamente construida, lo alta y lo apetitosa.

Nick, aun estando herido, pensaba cosas así, el muy bestia.

Después de descansar recibiendo en el rostro los tibios rayos del sol vespertino, se sentía infinitamente mejor y se alegraba de no haber acompañado a Johnny y a aquella extraña muchacha rusa. Al fin y al cabo, aquella era una aventura que no sabían a dónde podía llevarles. Estas eran sus vacaciones; ¿no resultaba justo que pasara al menos una mínima parte de ellas convaleciendo en un hotel?

El vendaje aplicado por el médico, junto con una faja que ceñía su cadera, le hacía sentirse infinitamente mejor. En pijama, se puso en pie y buscó el batín de seda que había mandado comprar poco antes de dormirse. Mientras se lo estaba poniendo, y mientras silbaba una nostálgica tonadilla del Sur, entró la camarera.

El monumento finlandés, como ya la llamaba Nick para sí mismo.

Ella dijo en ruso, pues desde el primer momento se habían entendido en ese idioma:

—Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes, preciosa. ¿A qué debo el alto honor de tu estupenda presencia?

—Es la hora del té.

—Yo nunca tomo té, pero si tú me lo sirves me beberé aunque sea el agua de una locomotora.

—Nuestro té es delicioso, señor.

Ella salió un instante de la habitación, para volver a entrar con un carrito donde reposaba un servicio completo de té. Las delicadas tazas eran de porcelana de Crimea, pintadas a mano, y el agua bullía alegremente, junto a las pastas, la mermelada y unos panecillos tan minúsculos que parecían de juguete. Nick contempló todo aquello de una sola ojeada, pero necesitó dos ojeadas para abarcar toda la espléndida anatomía de la muchacha finlandesa, que al inclinarse dejó al descubierto unas suaves curvas capaces de marear a cualquiera menos impresionable que Nick.

Este preguntó una cosa completamente vulgar. La verdad era que no se le ocurría nada más:

—¿Tienes novio?

—Yo soy una muchacha libre, señor.

—¿Del todo?

—Enteramente, señor.

—¿Es que aquí los hombres no tienen ojos?

—Sí, pero son poco decididos.

Nick se daba cuenta de que aquel diálogo era perfectamente vulgar, al menos por su parte, pero maldito si eso le importaba.

—¿Qué ocurriría si un día tropezases ante un hombre decidido de verdad?

—No lo sé, señor. Nunca me ha ocurrido.

Intencionadamente le dio la espalda. La verdad era que hasta aquel momento Nick no había pensado que las finlandesas pudieran ser tan hermosas. Más bien las tenía por mujeres un poco toscas, demasiado rubias, demasiado blancas, un poco pasadas por agua. Pero ésta era distinta, caray, muy distinta. Nick se olvidó por completo de su herida al ceñirla por la cintura.

Ella se volvió suavemente, sin un gesto brusco, pero también sin una vacilación.

Nick vio sus ojos muy cerca. Ella tenía unos ojos fríos, demasiado transparentes, demasiado hermosos, pero en los cuales no podía leerse la menor emoción.

—¿Señor...? —preguntó.

—No me llamo «señor», sino Nick.

—Esto no está comprendido en el servicio, Nick.

—¿No puede un buen cliente pedir algún extra?

—Depende...

Nick, habitualmente un hombre frío, se daba cuenta de que estaba perdiendo la cabeza.

Ya sabía que a veces las heridas y la fiebre producen una especie de exaltación peligrosa, una exaltación que tiene mucho en común con la producida por el alcohol. Pero Nick tenía la sensación de que aquella mujer le hubiera mareado incluso en las condiciones más normales del mundo.

Se movió un poco, mientras la abrazaba más estrechamente.

Buscó sus labios.

Ella se movió también un poco, como si fuese a colaborar en el ceñido abrazo.

Nick la besó con ansia, con ímpetu, sin sentir otra cosa que no fuera la atracción irresistible de los labios de la mujer.

No, no sintió nada más.

No se dio cuenta de que el estilete penetraba por la espalda hasta el fondo de su corazón, que se hincaba en él como una aguja venenosa.

De pronto sus labios se entreabrieron.

La respiración se le cortó.

Dio dos inútiles manotazos al aire, mientras boqueaba con angustia, y la mujer le clavó de nuevo el estilete, ahora por delante.

Lo hizo con frialdad, casi con elegancia, como el que realiza un trabajo que no tiene demasiada importancia, pero para el cual se ha preparado durante mucho tiempo.

Sabía que las dos heridas habían sido mortales, pero aun así las remachó con un tercer golpe que partió la carótida del hombre.

Los ojos de Nick, en el momento de morir, sólo reflejaban una cosa: Asombro. Un asombro invencible superior al miedo instintivo a la muerte.

Cayó de espaldas, mientras la sangre empapaba poco a poco la alfombra blanca de la habitación, tiñéndola de rojo.

La mujer puso el estilete bajo el grifo del lavabo, que abrió valiéndose de un pañuelo, para no dejar huellas. El agua cayó a

chorro sobre el arma, borrando también todas las huellas que podía haber en su empuñadura. La mujer no se preocupó de cerrar el grifo.

Salió de la habitación. El limpio, el pulcro pasillo de aquel hotel de Helsinki estaba completamente vacío. Avanzando sobre sus altísimos tacones, abrió otra puerta situada a varios metros más allá. Era una puerta del departamento de servicio, tras la cual yacía en el suelo, atada y maniatada, una mujer vestida de blanco.

No era tan hermosa, ni mucho menos, como la que acababa de matar a Nick, pero en cambio era la auténtica camarera de aquella zona del hotel.

La preciosa hembra del estilete se limitó a mirarla con sus ojos claros, fríos, transparentes e inhumanos. No la tocó siquiera. Cuando se convenció de que la camarera no significaba ningún peligro, salió, cerrando la puerta tras ella, y se dirigió hacia el ascensor tranquilamente.

SIETE

¡LA bomba acababa de estallar!

Un segundo después de lanzarla Johnny, la máquina infernal que estaba encerrada en el paquete había hecho explosión. En circunstancias normales, el estallido hubiera hecho volar la cabeza del joven.

Sin embargo, aquel estallido se había producido en el aire, en el exterior del avión, y durante ese segundo la nave había recorrido un trecho muy considerable, tanto que la explosión se produjo ya en la cola, que quedó seriamente dañada. Todo el avión se tambaleó como si hubiera sido alcanzado por una granada antiaérea.

Los pilotos, de una forma maquinal, aun sin comprender lo que sucedía, intentaron nivelarlo.

Mientras tanto Johnny y el extraño individuo de la bomba estaban abrazados, peleando salvajemente, a dos pasos de la salida de emergencia abierta. ¡Y mientras tanto el aire exterior estaba produciendo una terrible succión! ¡Los dos eran atraídos al abismo por una mano misteriosa e invisible!

Johnny se dio cuenta de una sola cosa: ¡Los dos iban a morir!

Siempre había pensado que no le importaría ver llegar su último minuto. Desde que ingresó en el Servicio Secreto sabía que moriría joven, de una forma violenta, brutal, y que cuando llegara ese momento vería acercarse el fin con elegancia.

Sin embargo esta muerte le parecía distinta. ¡Era como ser tragado por el abismo sideral, como convertirse en un satélite de la propia Tierra!

En aquel momento no podía verse, pero su rostro estaba bañado por un sudor helado. El avión, recibiendo en su interior la presión del aire externo, se tambaleaba como un borracho de los aires. Todos los pasajeros estaban tumbados en el suelo o sujetos a los asientos, chillando enloquecidos. Ninguno de ellos se daba cuenta de que los pilotos estaban intentando descender.

Johnny menos que nadie.

A medio paso del abismo, sintiendo que el aire exterior lo iba tragando lentamente, Johnny dejó de preocuparse de su enemigo. No podían luchar ya más ninguno de los dos, so pena de ser tragados. Intentó asirse al fuselaje del avión... ¡y se dio cuenta de que éste estaba roto!

Quedaron los dos prácticamente fuera. Johnny comprendió que ya nada podía hacer.

Sólo rezar. Rezar una sola oración, una sola palabra antes de ser convertido en un corpúsculo diminuto que se desharía en los aires.

¡Y en aquel momento alguien se lanzó hacia ellos!

Ellen, jugándose la vida, corrió hacia el hueco fatal por donde podía salir despedida. Sujetándose con la izquierda a un asiento, tendió la derecha para asir una punta de la americana de Johnny. Sus dedos temblaron ante el terrible esfuerzo a que se veían sometidos. Johnny era como un peso muerto, como algo que se deslizaba fatalmente hacia un terrible salto al infinito. Todos los músculos del joven se tensaron, se contorsionaron en un titánico esfuerzo para seguir en contacto con aquel único punto de apoyo que le unía a la vida. Ellen lanzó un grito al sentir que Johnny se le escapaba, al notar que sus dedos no podían resistir más...

Johnny lo tenía todo perdido. No importaba precipitar el fin, si así se jugaba su última carta.

Al caer alzó los brazos... ¡y se sujetó a los bordes de la puerta de emergencia, colgando materialmente del fuselaje del avión!

Se oyó un grito desgarrador, inhumano, que sin embargo nació y murió en sólo unas décimas de segundo.

¡El enemigo de Johnny había saltado al espacio!

Pronto fue apenas un corpúsculo que terminó desapareciendo en el aire. Johnny supo que pronto le seguiría. Sus manos estaban a punto de romperse en cien pedazos. ¡No podía más!

Ellen, abandonando la relativa protección del asiento, se lanzó hacia él, volviendo a sujetarle por la americana. La azafata intervino en ese momento, jugándose la vida. Sujetó a Ellen, mientras un pasajero la sujetaba a ella. Se formó así una especie de trágico baile de la conga, todos cuyos miembros estaban al borde de la muerte. El avión, que había perdido ya mucha altura, sobrevolaba en este momento un espeso bosque de abetos, buscando un lugar despejado donde realizar un aterrizaje de emergencia.

Dos hombres más se unieron a aquella extraña fila, todos cuyos miembros tiraban desesperadamente hacia atrás. Johnny notó que la presión del aire ya no era tan fuerte y que poco a poco iba siendo impulsado hacia el interior. La intensidad del viento que estaba soportando, sin embargo, anulaba ya peligrosamente sus sentidos.

Era poco más que un muñeco inerte cuando pudo quedar tendido en el suelo del avión. Oía junto a él, y sin embargo como si fuese una cosa muy lejana, la respiración jadeante de Ellen.

La alarma, no obstante, estaba lejos de haber cesado.

Los pilotos apenas podían dominar un aparato que se encabritaba cada vez más y cuyos planos de cola iban desprendiéndose por momentos.

Un espacio despejado y liso, semejante a la tundra ártica, apareció de repente ante sus ojos, más allá de las inmensas extensiones cubiertas por los bosques de abetos.

Los timones fueron empujados hacia adelante.

El morro del avión descendió de un modo vertiginoso. De pronto el piloto jefe cortó gas, intentando que el gigantesco pájaro planeara.

El tren de aterrizaje, intacto, había salido normalmente. A menor distancia se veía que la inmensa llanura estaba llena de irregularidades, pero ninguna de ellas lo suficientemente grande para que en su fondo se hundieran las gigantescas ruedas del avión, quedando inmovilizadas.

El pájaro de acero tocó tierra demasiado bruscamente. Dio un terrible salto.

En el interior, no hubo nadie que respirara durante aquellos terribles segundos. La misma Ellen, con la mirada extraviada,

estaba a punto de perder el conocimiento. Vio, como en una pesadilla, que la línea oscura de los abetos, en el horizonte, subía otra vez. ¡El avión iba a entrar de nuevo en contacto con el suelo! ¡Iba a hacer una segunda y definitiva prueba!

Las ruedas pasaron sobre un par de baches, brincaron y al fin el aparato dio casi una vuelta completa sobre sí mismo, perdiendo parte de los planos de cola al inclinarse peligrosamente. Pero ya estaba quieto y sin ofrecer peligro cuando los pasajeros, enloquecidos, se lanzaron al exterior por las salidas de emergencia.

Johnny, al verse en el suelo, aún no estaba muy seguro de que aquello fuese realidad.

Miró a Ellen, junto a él; Ellen, cuya falda era arremolinada por violentas ráfagas de viento helado.

—Me has salvado la vida, muchacha... Otra vez...

—No tiene importancia. Ha sido algo instintivo. Al hacerlo no me he dado cuenta siquiera.

—El verdadero héroe no se da cuenta de que lo es.

Ellen tuvo que sentarse en el borde de un hoyo. Las piernas le fallaban, y sentía en la cabeza un zumbido terrible.

—Me gustaría saber dónde estamos —balbució.

En aquel momento se acercó uno de los pilotos. Estaba pálido como un cadáver.

Parecía haber oído su pregunta, porque dijo:

—Estamos cerca de Mikkali, en una zona completamente llena de lagos y de bosques. Nos hemos desviado hacia ahí como podíamos habernos desviado hacia otro sitio. El telegrafista ya ha salido hacia la ciudad para pedir ayuda. ¿Pero qué ha ocurrido? ¡¿Que ha sido aquella explosión? ¡Aún no entiendo absolutamente nada!

Johnny iba recuperando fuerzas, aunque aún le temblaban las rodillas.

Musitó:

—Ha sido una bomba.

—¿Una... bomba?

—Sí. Uno de los pasajeros la llevaba dentro de un paquete.

—¿Un pasajero? ¿Y él iba en el avión?

—Sí.

El piloto se llevó la mano derecha a la frente, mientras temblaban espasmódicamente sus labios.

—Dios santo... ¡Es imposible! ¡Él tenía que morir también! A menos... a menos que no supiera lo que llevaba.

—Lo sabía.

—¿Cómo puede suponer eso?

—Me atacó al creer que le seguía —suspiró Johnny con cansancio—. Él quería destruir el avión, y pensó que yo iba a impedirlo. No le importaba su propia vida, y sin embargo no tenía el aspecto del fanático que está dispuesto a todo por llevar adelante su idea. En aquel hombre había algo que no comprendo y que quizá no averiguaremos nunca.

Calló, hundido en su propio cansancio, sin atreverse a decir una palabra más. La verdad era que no sabía qué decir tampoco.

Dos horas más tarde llegaron varios «jeeps» desde la población de Mikkali. Eran «jeeps» algo pesados, pero sólidos, de fabricación rusa. En ellos fueron acomodados los viajeros, empezando por los heridos.

La ciudad de Mikkali, a la que llegaron cuarenta y cinco minutos después, era pequeña y formada por casas de una sola planta, como casi todas las finlandesas del interior. Las calles eran limpias, rectas y anchas. Varios niños rubios, con cara de asombro, siguieron las evoluciones de aquellos «jeeps» mientras éstos se detenían ante el principal, y seguramente único, hotel de la ciudad.

Johnny tomó por su cuenta el teléfono apenas le fue posible. El copiloto le había entregado una lista de pasajeros, y por eliminación pudo saber el nombre del tipo con cara de huevo que había sido portador de la bomba. Se llamaba Van Slocken.

Pidió comunicación inmediata con la Embajada norteamericana en Helsinki y rogó le dieran toda la información posible sobre un tal Van Slocken, que había tomado el avión para Estocolmo unas horas antes, y los datos de cuyo pasaporte debían figurar en los registros de la policía finesa.

La respuesta llegó media hora más tarde, cuando ya la oscuridad había caído por completo sobre la ciudad de Mikkali. Fue el propio secretario de la Embajada quien le dio los datos.

—Van Slocken tenía cuarenta y cinco años. Era de nacionalidad

holandesa, pero su pasaporte era turco. Es decir, había cambiado de nacionalidad, lo cual sucedió poco después del año 45.

—¿A consecuencia de la guerra?

—Sí. Ese hombre había ayudado a los alemanes, y se exponía a que sus compatriotas lo fusilaran por colaboracionista. Consiguió huir, y atravesando toda Europa llegó a Turquía. Allí, valiéndose de algún procedimiento ilegal que ignoramos, consiguió nacionalizarse.

—¿A qué se dedicaba en Helsinki?

—No lo sabemos, puesto que no vivía aquí. Parecía estar de tránsito.

—¿Tenía familia?

—Sí. Mujer y dos hijos. Y hay algo muy significativo en él, Johnny. Algo que sin duda tiene relación con lo que usted nos ha contado.

—¿Qué es?

—Van Slocken se había hecho hoy mismo un considerable seguro contra accidentes.

—¿Cuánto?

—Un millón de coronas suecas.

Johnny lanzó un silbido de admiración.

—¿Pagaderas al instante? Quiero decir: ¿Pagaderas en el primer accidente que se produjese, sin limitación de fechas?

—Eso es.

El silbido de admiración de Johnny se repitió.

—La prima del seguro sería muy elevada...

—Elevadísima. Y, a lo que parece, Van Slocken no andaba muy bien de dinero últimamente.

—¿Quién se la pagó?

—Un tal Bronstein, por giro bancario que aún no ha llegado a poder de la Compañía aseguradora.

Los dedos de Johnny se engarfiaron sobre el aparato, sin que él se diera cuenta.

—¿Bronstein? ¿Está seguro del nombre?

—Seguro.

—¿Desde dónde ha ordenado el giro?

—Desde París.

Johnny casi había contenido la respiración. Los dedos le dolían de tanto apretar el auricular.

—De modo que ese cerdo está en París —balbució.

—¿Qué dice?

—No, nada, era un comentario mío... Empiezo a comprender lo que sucedió, o al menos lo imagino.

—¿Qué sucedió según usted, Johnny?

—Ese hombre, Van Slocken, formaba parte de la organización de Bronstein, y debía tener a su cargo la vigilancia de la frontera ruso-finlandesa. Me vio pasar y...

—¿Cuándo pasó usted, Johnny?

—Esta mañana, aunque parecen haber transcurrido siglos desde entonces. He pasado con una muchacha rusa.

—Oiga... ¿qué lío es éste, Johnny?

—Ningún lío. Todo lo explicaré claramente cuando haga mi informe. Y ahora sigo con mi idea: Ese tal Van Slocken supuso que yo saldría de Helsinki en avión, y habló con Bronstein. Este debió decirle que preparara una bomba y la enviara como correo en el avión donde yo viajase. Van Slocken debió decirle a su vez que era probable que, dada la premura de tiempo, no le admitieran el paquete como correo en el avión donde yo saliese. Bronstein insistió en que la explosión había de producirse... ¡yo tenía que morir sin ningún género de dudas! Entonces Van Slocken, que debía amar a sus hijos con locura, le propuso un trato. ¡Un fabuloso seguro de accidentes a cambio de garantizar que la explosión se produciría con toda seguridad! Bronstein debió acceder, y a partir de aquí los actos y movimientos de Van Slocken debieron producirse con una rapidez febril. Mientras yo estaba en el hotel con mi compañero Nick, él preparó la bomba, concertó el seguro y aguardó en las cercanías del aeropuerto. Esto último no es difícil, puesto que sólo un camino conduce a él. —Johnny hizo una leve pausa—. Todo esto es muy amargo, maldita sea... Ese canalla de Bronstein se aprovechó de la desesperación de un pobre hombre que amaba demasiado a sus hijos. Celebro no haber sido yo quien mató a Van Slocken. Cayó él mismo al espacio cuando los dos luchábamos desesperadamente por sujetarnos a algún sitio.

Guardó un largo silencio. Desde el otro lado del cable, le llegó la voz inquieta del secretario de la Embajada.

—Johnny... ¿Se ha caído usted también, Johnny?

—Estaba pensando.

—Ah, es consolador... Uno llega a la tranquilizadora conclusión de que los agentes secretos también piensan.

—Si Bronstein está en París, debo ir allí.

—Cuando usted llegue a París, Johnny, puede que Bronstein ya se haya largado al Polo Norte.

—No creo. Allí tal vez se sienta más seguro. París debe parecerle una buena madriguera.

—Anoche estaba en Angulema.

—¿Cómo lo sabe?

La voz del secretario vaciló.

—He de darle una mala noticia, Johnny.

—¿Qué ocurre?

—Usted tenía tres amigos llamados Blanchot, Joffre y Bentley.

—¿Tenía? ¿Es que ya no los tengo? ¿Qué ha ocurrido?

—Los tres murieron ayer en un tren correo que salía de Angulema, muchacho. Murieron abrasados vivos.

—¿Quién...? ¿Quién fue?

La voz de Johnny había sido parecida al gruñido de una fiera.

—Fue Bronstein, eso parece estar comprobado. Me han comunicado todo eso hace media hora, para que alertase a los agentes de la zona. En realidad una especie de alarma general ha sido dada en toda Europa. ¡Lo de Bronstein no tiene sentido!

—No, no lo tiene —reconoció el joven—, porque Bronstein es simplemente un fugitivo nazi, un hombre al que se persigue por crímenes de guerra, sin que tal circunstancia haga necesario para él tener una banda organizada, con enclaves en dos o tres continentes, desafiando además al poderío de los agentes secretos del Tío Sam. ¿Qué es lo que en realidad hace Bronstein? ¿A qué infiernos se dedica?

El secretario sugirió:

—¿Espionaje?

—Pudiera ser.

—En ese caso mi obligación es advertir al Departamento de

Estado. Si se trata de un asunto de espionaje, no puede llevar el asunto adelante un simple agente en vacaciones, como es usted.

—También actúa Nick.

Nuevamente la voz del secretario pareció vacilar.

—He de darle otra mala noticia, Johnny.

—¿Es... es por Nick?

—Sí.

Johnny temblaba, temblaba como un niño.

—¿Qué ha sucedido?

—Siento decírselo, pero lo han liquidado esta tarde en el hotel de Helsinki donde se alojaba. Ha sido una mujer, una mujer rubia y alta que no ha resultado posible identificar. Parece que Nick se confió un poco, muchacho. Además estaba herido... En fin, Johnny... Crea que siento tener que decirle eso, pero ahora está usted solo. Daré cuenta de todo lo sucedido al Departamento de Estado.

Johnny balbució:

—¿Qué harán con el cuerpo de Nick?

—Lo trasladaremos a Los Ángeles, su ciudad natal. Ataúd de lujo pagado por el Tío Sam. Todo en regla para que salga embalsamado en avión dentro de un par de días.

Johnny susurró:

—Gracias...

Y colgó sin fuerzas. La verdad era que, quizá por primera vez en su vida, las rodillas le temblaban y se sentía acometido por una invencible sensación de vértigo.

Tenía la sensación de que, desde que se encontró aquella mañana con Nick a orillas del Neva, habían transcurrido siglos. No estaba a mucha distancia física de Leningrado, pero desde que salió de la antigua capital de los zares parecía como si el mundo hubiese girado más aprisa para él. Y aquel ritmo febril le enloquecía.

Al salir de la cabina telefónica, un solo pensamiento llenaba su mente: El pensamiento angustioso de la muerte.

OCHO

DIJO un rey que París bien valía una misa. Millones de turistas de todo el mundo dicen que París bien vale gastarse en una semana los ahorros de todo un lustro.

Johnny pensaba algo más.

Johnny pensaba que París vale la pena aunque uno vaya allí a la busca de su propia tumba.

Cuando descendió del avión en Orly, en unión de Ellen, que no había querido separarse de él, se cruzaron con un avión del que era descargada una fúnebre carga con destino a otro aparato, un gigantesco «Boeing» que iba a emprender el vuelo hacia los Estados Unidos.

Johnny vio el «paquete».

El paquete alargado, sólido, perfectamente cerrado, dentro del cual iba un ataúd, y dentro del ataúd un hombre.

Su amigo Nick.

No cabía duda de que era él por las señas y por la referencia al Departamento de Estado que figuraba sobre la madera de la caja, impresa en letras negras.

Johnny se detuvo con los ojos entrecerrados, con actitud abatida, la mandíbula hundida sobre el pecho.

Ellen susurró:

—¿Es él?

—Sí, muchacha.

—No te quedes ahí, Johnny. Es peor... Él ya descansa.

Johnny masculló:

—También descansará su asesino.

Dio media vuelta, mientras se dirigía a una de las impresionantes salidas del aeropuerto de Orly. Su derecha se cerraba sobre el maletín negro donde llevaba, perfectamente disimulado todo entre sus objetos de aseo adquiridos en Estocolmo, un largo puñal y munición de repuesto. En su funda axilar descansaba un calibre 38 perfectamente engrasado, cargado y dispuesto para actuar.

Ellen no llevaba armas.

Ellen era a su lado como una cosa suave y dulce, pero Johnny sabía que la vida se la debía exclusivamente a ella.

Cuando salieron de Orly y subieron al autocar que les llevaría al centro, Johnny sólo pensaba en el ataúd dentro del cual iba el cuerpo sin sangre de su amigo Nick.

Poco podía imaginar que aquel ataúd y él iban a tropezarse de nuevo, en los extraños caminos de aquella aventura.

No. En estos momentos de vacilación, Johnny no podía imaginarlo siquiera.

* * *

París estaba alegre y rutilante como nunca en algunos aspectos, pero se había entenebrecido en otros.

No se podía cruzar una calle, a causa de la densidad del tráfico. No se podía ir en automóvil a ninguna parte. Las entradas para los espectáculos costaban precios fabulosos en la reventa. No había plazas disponibles en los hoteles. No había un sitio donde uno pudiera sentirse en paz.

A Johnny, sin embargo, le atraía aquel algo inexplicable que París tiene, aquella atmósfera casi irreal de algunas de sus calles, su inmensa variedad de tipos humanos, la lección de historia viva que se desprendía de sus monumentos... y la belleza de algunas de las mujeres que se sentaban en los cafés a respirar el aire de la tarde.

Inmediatamente después de su llegada se puso a actuar con redoblados ánimos.

Toda una extensa red de agentes se había puesto en movimiento para localizar a Bronstein. Ahora se sabía ya que el extraño crimen del correo de Angulema era un suceso a escala internacional. Sabuesos experimentados en todos los países del mundo, rastreaban

por las calles de París... ¡buscando una pista que permitiera a Johnny hacer uso de su revólver!

Y sin embargo ellos no encontraron nada. Jamás hubieran encontrado nada en aquel rastreo incesante por las calles de la capital. Fue Johnny quien dio con la clave. Fue Johnny solamente, y todo gracias a una condenada casualidad.

Tenía una prima en París. Una prima lejana, cargada de años, de recuerdos y de achaques, que vivía cerca de la estación de metro de Lamotte-Piquet. Y aquella tarde Johnny se sintió tan desorientado en París, tan lejos de poder hallar alguna pista, tan a distancia de poder vengar a su amigo Nick, que pensó que necesitaba un poco de calma para ordenar sus pensamientos. Quizá en aquel piso vetusto donde su prima había vivido más de cuarenta años, encontraría unos minutos de paz. Tal vez la conversación de una vieja le daría la idea que desesperadamente buscaba... ¡la idea que ya estaba seguro de no poder encontrar!

Llamó a la puerta, después de subir en un ascensor que más bien parecía un ataúd de lujo sujeto a unos cables.

¡Un ataúd! ¿Por qué no se libraba de aquella idea? ¿Por qué le perseguía de una manera tan obsesionante?

No lo sabía, no podía saberlo.

Johnny creyó que le recibiría una criada vetusta, polvorienta; a tono con la edad y los gustos de la dueña de la casa.

Por eso sufrió casi una sacudida nerviosa cuando vio tras el umbral a aquella criadita de apenas dieciocho años, con sus esculturales formas muy ceñidas en el uniforme negro, con sus delicadas piernas envueltas en unas medias capaces de marear a un empresario de varietés. Era lo más opuesto a lo que él esperaba encontrar en aquella casa. Y no era eso aún lo más extraño.

La criadita estaba borracha.

Sumida en un estado que iba del sopor a la exaltación, por poco se abrazó a Johnny al verle. Este, no sabiendo todavía bien qué pensar, preguntó por su prima, la respetable señora Ribot.

—Ah, esa lechuza... Está ahí. Ahí dentro.

Johnny entró. El piso olía a museo, a cerrado y a viejo. Por todas partes había cortinajes que se caían, aunque en otro tiempo habían sido nuevos, selectos y de buen gusto. Las alfombras

deshilachadas seguían ahogando, no obstante, el ruido de los pasos.

—Siga, siga... Ahí la encontrará.

La muchachita iba tras él. Brincaba, alzaba las piernas, parecía completamente loca. Johnny avanzó por el pasillo, hacia las habitaciones posteriores que se distinguían al fondo como un leve resplandor gris.

Gris... Todo gris. El color de la atmósfera obsesionante en que siempre había vivido su prima.

Johnny entró en la sala, amueblada con un gusto muy «fin de siècle» y vio a su prima, la honorable y vieja señora Ribot. Estaba tendida en un polvoriento diván, con la boca espantosamente abierta.

Johnny se volvió hacia la criada, asombrado, y en ese momento ésta, lanzando un gritito, se desplomó en sus brazos.

NUEVE

EN otra ocasión, quizá Johnny hubiera pensado e era un tipo de suerte.

Tener en los brazos a una chica que haría desmayar a los espectadores de primera fila de un *vaudeville*, no es cosa que ocurra todos los días.

Sin embargo, lo único que se le ocurrió a Johnny fue lanzar una maldición.

Creía que su tía, la honorable señora Ribot, estaba muerta. De modo que soltó a la chica, la cual cayó sobre la alfombra con una soberana exhibición piernas, y saltó casi materialmente sobre la quieta figura que estaba tendida en el diván.

Pero la anciana no estaba muerta. Se oía su estertor a través de la boca abierta. Estaba sumida en una especie de coma, pero un coma que no tenía nada de trágico, sino que era más bien un estado placentero, algo que daba a su rostro una expresión de felicidad y de paz que en circunstancias normales no hubiera tenido nunca.

Johnny volvió lentamente la cabeza, mirando a la criadita.

Ella se había recuperado en parte y le sonreía desde el suelo con una expresión casi impúdica, pero donde había mucho de aturdimiento y de estupidez.

De pronto la palabra irrumpió en la mente de Johnny, resonando en ella como un trallazo.

¡Drogas!

¡Las dos estaban drogadas! ¡Las dos se habían empapurrado de mandanga hasta las narices, hasta el cogote! ¡Aquella burguesa habitación de París era peor que los fumaderos de opio que antaño

infestaban las viejas callejuelas de Shanghai!

Aturdido, sin saber qué pensar, Johnny buscó con los ojos en torno suyo.

No tardó en encontrar lo que buscaba. Se trataba de cocaína, que sin duda las dos mujeres habían inhalado por las fosas nasales. Seguro que había empezado la vieja, pervirtiendo luego a aquella muchachita que apenas habría cumplido los dieciocho años.

Sintió asco, un asco invencible que le llegaba hasta la garganta.

Bruscamente zarandeo a la vieja, pero era inútil. Estaba sumida en una especie de nirvana, se encontraba descansando en un mundo al que él nunca podría llegar. Tras un último achuchón que por poco la deja desmantelada, Johnny volvió la cabeza hacia la chica.

Ella sí que parecía estar en situación de contestarle. Le miraba con aturdimiento, pero aún había en ella un último resto de voluntad. Cuando Johnny la ayudó a levantarse, se le colgó del cuello.

—Oh, mi Johnny...

Él se sorprendió. No era lógico que la muchachita supiera su nombre. Pero de pronto recordó que «Johnny» es el nombre que la mayoría de las mujeres alegres de todos los países dan a los americanos, cuando no saben cómo se llaman. La chica debía haber visto aquello en una película, o quizá lo había leído en una novela. El caso era que estaba colgada de su cuello y resultaba difícil resistir la atracción obsesionante de sus labios.

El musitó en francés:

—¿Dónde la conseguís? ¿Dónde compráis la «coco»? ¡Habla!

—¿La «coco»?

—Sí... ¡la mandanga, maldita sea, o como quieras llamarla!

—Yo misma... la busco.

—¿Dónde?

La chica se puso a reír. Johnny tuvo que zarandearla, tuvo que hacerle daño con sus fuertes manos, hasta que al fin ella se fue poniendo seria poco a poco.

Ahora su boca estaba torcida, su expresión era casi patética. Por debajo de su juventud asomaba lo que sería en realidad dentro de poco tiempo, lo que ya la droga estaba haciendo con ella.

Al fin susurró:

—Tour Eiffel.

—¿Tour Eiffel? ¿Y qué? ¡Ese es el primer nombre que pronuncian todos los turistas mamarrachos que llegan por primera vez a París! ¿Que tienes tú que hacer en la torre?

Ella volvió a reír. Tardó casi dos minutos en serenarse.

—He de comprar.

—¿La «coco»?

—Sí.

Una composición de lugar se fue formando poco a poco en la mente de Johnny. La chica, por lo visto, era la encargada de recibir la mercancía de manos del traficante, ya que a la vieja, elegante y podrida señora Ribot debía resultarle penoso desplazarse por el ajetreado París. Y, al parecer, aquella especie de bombón del ceñido vestido negro estaba citada con el traficante junto a la torre Eiffel.

—¿A qué hora? —balbució.

—En seguida... —de pronto la muchacha pareció recobrar la lucidez—. ¡Oh! ¡Debo ir! ¡Debo ir!

Johnny ya sabía bastante.

Aunque aquello le distrajera de su trabajo fundamental, que era encontrar a Bronstein, no podía dejar las cosas así.

Obró con suavidad, pero de la forma que él sabía.

Su puño derecho golpeó secamente la mandíbula de la chica, que sólo hubiera necesitado un empujoncito para quedar hundida en la región de los sueños. Lanzando un suave suspiro, la chica cayó hacia atrás, siendo sujeta por los brazos de Johnny. Este la depositó blandamente en una de las butacas. Una expresión de infinito reposo se reflejaba ahora en las facciones de la criadita. Johnny supuso que descansaría al menos durante dos o tres horas, al igual que la vieja.

Salió a la calle.

Mientras estaba en la casa había llovido sobre París, en uno de esos chaparrones rápidos que son típicos de la región, y las calles relucían bajo la luz quieta del atardecer. Se encaminó rápidamente hacia el metro para dejarlo en los Inválidos.

No sabía quién era el traficante, y lo normal era que no supiese

distinguirlo entre los numerosos vendedores que ofrecen postales y recuerdos típicos de París al pie de la torre Eiffel. Pero tenía que intentarlo. Tenía que hacer algo para que al menos aquella muchachita no se perdiese.

Poco imaginaba que iba a encontrarse con alguien a quien jamás hubiese esperado ver allí.

En el primer momento quedó atónito, negándose a creer lo que veían sus ojos.

El que estaba allí, aguardando junto a uno de los gigantescos pilares de la torre... ¡era el propio Bronstein!

La incredulidad flotaba aún en la mente de Johnny, cuando se acercó poco a poco.

¿Cómo era posible que Bronstein, un tipo buscado en casi todos los rincones del mundo, se expusiera para vender sólo unos miligramos de cocaína, un montoncito de mercancía que sólo iba a darle un puñado de francos?

De pronto lo comprendió.

Era la chica la que iba a buscar la mercancía, no la vieja señora Ribot. Bronstein se había encaprichado de la muchachita y sabía que ella, viciada ya, no resistiría a ninguna proposición con tal de conseguir la droga. Aquel astuto canalla quería aprovechar la oportunidad para hacer un negocio de otro orden, un negocio que quizá en mucho tiempo no se le volvería a presentar tan claramente.

Johnny no lo pensó dos veces.

Corrió hacia él cuando estaba a unos veinte pasos, pero Bronstein ya le había visto.

Bajo y fuerte como era, ancho de espaldas, sabía sin embargo que no podría resistir una pelea a golpe limpio con Johnny, uno solo de cuyos puños podía destrozarle el cráneo en menos de diez segundos.

Su mano derecha voló hacia la funda sobaquera, de donde extrajo un revólver de cañón corto.

Los disparos siluetearon la figura de Johnny, que avanzaba en zigzag llevando también la mano a su funda.

El primer disparo de Johnny hizo vacilar a Bronstein, al producirle una rozadura en el cuello, de la que brotó una línea de

sangre. Inmediatamente corrió hacia un grupo de personas que se habían apretujado junto a uno de los pilares de la torre.

Johnny no se atrevió a disparar más. Podía alcanzar a algún inocente.

Pero no soltaría su presa ahora que la tenía tan cerca. Había perseguido a aquel tipo hasta en la lejana Rusia. ¡Ahora lo acorralaría aunque no le quedasen más armas que sus puños!

Bronstein se sintió perdido.

Siguiendo el oscuro impulso que obliga a huir buscando refugio en las alturas, empezó a trepar por las escaleras de la torre.

¡Unas escaleras sin fin, que subían hasta el séptimo cielo, pero desde las que uno podía precipitarse hasta el séptimo infierno!

Johnny le siguió.

Era más joven y más ágil, y enseguida se encontró apenas a un tramo de distancia de su enemigo.

El revólver chato de Bronstein se volvió hacia él. Dos balas restallaron en la barandilla, produciendo un pitido trágico. Johnny tiró a su vez.

Pero no quería matar a su adversario, sino solamente herirle. Cosa extraña, lo hacía mucho mejor cuando tiraba a matar. No estaba acostumbrado a inmovilizar a un enemigo, sino a darle el pasaporte con sólo un certero balazo.

Una nueva bala de Bronstein le rozó el tobillo. La sensación de la quemadura se transmitió a todo su cuerpo. Cayó de espaldas, mientras se deslizaba escaleras abajo.

Bronstein no perdió aquella oportunidad.

Saltó los peldaños de cuatro en cuatro, lanzándose hacia abajo con una velocidad suicida, buscando enviar a su enemigo a tierra desde una altura de más de treinta metros.

Johnny, caído de espaldas y con la posición de su cuerpo casi invertida, disparó una vez.

Ahora lo hizo bien. ¡El revólver de su enemigo saltó por los aires!

Pero no se había librado del peligro. Bruscamente los pies de Bronstein se aplastaron materialmente sobre su cuerpo. Las punteras de los zapatos se hundieron en sus costados, castigándole salvajemente. Johnny fue casi cazado de sorpresa por aquella

agresión que no esperaba. Le perdió también el hecho de no querer matar a su enemigo.

Necesitando sujetarse a algún sitio, dejó resbalar el revólver. No lo consiguió del todo, y bruscamente su cuerpo quedó colgando en el vacío, mientras abajo se formaba un remolino de gente. Bronstein lanzó un grito... ¡y sus pies empezaron a machacar las manos del enemigo!

Johnny se dio cuenta de que no podría resistir demasiado tiempo.

Miró hacia abajo.

¡La multitud había dejado un círculo vacío, debajo de él esperando que cayese! ¡Más de cincuenta testigos esperaban ya su muerte!

Se oyeron los silbatos de los gendarmes, pero nada podían hacer. Era dudoso que alcanzaran certeramente a Bronstein, aparte de que no hacían uso de sus armas sin saber antes qué ocurría.

Mientras tanto el joven ya se habría aplastado cien veces contra el suelo. ¡Era cuestión de cinco segundos, de diez!

¡De repente, cuando tenía a su alcance a Bronstein, todo estaba perdido!

Un nuevo golpe hizo que tuviera que soltar una de sus manos. Quedó sujeto sólo por dos dedos. Oía la respiración jadeante de Bronstein encima de él y los gritos de la multitud abajo. Unos gritos que iban y venían como un oleaje.

Johnny comprendió que estaba perdido, como lo había comprendido en el avión en el que volaba desde Helsinki a Estocolmo... ¡y también ahora se jugó la última carta!

Haciendo un movimiento de péndulo sin tener más apoyo que sus dos dedos, se soltó de pronto... ¡para sujetarse con la otra mano!

Bronstein, que había querido asestar el golpe final, pataleó al vacío. Lanzó un grito de rabia.

Mientras tanto los policías tiraron hacia él, aunque sólo a modo de advertencia. Las balas silbaron entre los andamiajes de la torre, respunteándola trágicamente. Sus silbidos parecieron un grito humano que se perdía en la distancia.

A pesar de su trágica situación, Johnny comprendió que ya no

caería. Y en este momento pensó que la situación había dado una vuelta completa. Se sintió triunfante.

Bronstein sería detenido abajo con toda seguridad. No tenía la menor posibilidad de escapar al cerco humano que se había formado al pie de la torre. Sería conducido a la Sureté, y aquello significaría el fin de su carrera.

¿Pero por qué descendía con aquella tranquilidad? ¿No sabía que no tenía escape? ¿Qué pensaba?

Admirado ante la calma glacial de su enemigo, Johnny no supo qué creer en el primer momento, mientras flexionando sus poderosos brazos se izaba de nuevo hacia la barandilla.

Y de pronto lo comprendió.

Dos explosiones retumbaron abajo, mientras se formaba una blanca humareda. La multitud, gendarmes incluidos, se dispersó en todas direcciones. No parecía haber ningún herido, sin embargo.

Ya de nuevo en los peldaños, Johnny miró hacia abajo, y entonces lo comprendió perfectamente.

Se trataba de dos granadas de gas. Bronstein siempre tenía alguien que le guardaba las espaldas, y en ese caso había sabido intervenir con eficacia. Ni el público ni los gendarmes serían capaces de reaccionar en dos minutos al menos.

Ya Bronstein estaba casi materialmente en la calle. Ya era inútil cuanto hiciese por alcanzarlo. No podía pretender lanzarse sobre él desde una altura de casi treinta metros. No era un Superman, sino un hombre de carne y hueso, con la particularidad de que sus huesos estaban ya casi rotos.

No tenía ni siquiera la pistola para disparar a aquella distancia, desde la que hubiese conseguida un blanco seguro.

Descendió a toda velocidad, haciendo un último y titánico esfuerzo, pero cuando llegó a la superficie del suelo ya Bronstein había desaparecido.

Sólo pudo encontrar la pistola que antes lanzó.

Jirones de humo blanco flotaban a los pies de la descomunal Torre. Un par de mujeres se habían desmayado, aunque no era fácil que hubieran sufrido daño alguno. Por todas partes sonaban las sirenas de la policía, como si se hubiera producido un atentado contra el propio presidente de la República.

Johnny hizo un gesto de desesperación.

No conseguiría nada, nunca lograría estrujar entre sus manos a aquel maldito.

La confusión reinante era asombrosa.

Todo el mundo corría enloquecido de un lado a otro, creyendo que estaba sucediendo algo mucho más importante de lo ocurrido en realidad. Podía estar Bronstein a su lado y él no verlo siquiera.

Johnny intentó reflexionar, sin embargo. Intentó pensar por dónde su enemigo podía haber huido.

Seguramente no por el Campo de Marte, demasiado despejado y expuesto. Tampoco por el río.

¡Ya estaba!

¡Se habría dirigido hacia las escaleras que llevaban al gigantesco Museo del Hombre! ¡Aquel era el sitio más seguro para perderse de vista en sólo unos minutos!

Johnny no lo pensó más. Corrió hacia allí.

Su frente estaba bañada en un sudor frío cuando llegó a lo alto de las escaleras. Miró desorientado en torno suyo, pero no se le ocurrió volver la espalda.

No vio por tanto al hombre que había aparecido detrás suyo, silencioso como una sombra, llevando en la derecha una pistola automática que había levantado ya.

El hombre chascó los labios, apuntando sobre seguro.

¡Y disparó tres veces!

DIEZ

LAS balas aullaron justo en el instante en que una forma humana se lanzaba sobre él.

El hombre de la pistola lanzó una ronca maldición mientras rodaba por tierra, al pie de las escaleras que llevaban al Museo del Hombre. Tardó en darse cuenta de que la que se había arrojado sobre él, derribándole en el momento de apretar el gatillo, era una muchacha..., ¡una muchacha con unas manos duras como el acero, pero con unas piernas capaces de hacer dar un brinco a un muerto!

Intentó volver su arma contra ella, pero ya no tuvo tiempo.

Desde las escaleras sobre las que acababa de caer, Johnny hizo fuego una sola vez.

Resultó suficiente.

La cabeza del hombre se abrió, partida en dos mitades, y la sangre llegó a salpicar el vestido de Ellen, que era la que se había lanzado. El grito de agonía del hombre al ser alcanzado por la bala vibró largamente en el aire.

Johnny intentó incorporarse, pero no pudo.

Una de las balas le había alcanzado en la espalda, pasando entre dos costillas y rozándole el pulmón izquierdo. De no ser por la intervención de Ellen, aquella bala y las otras dos le hubiesen alcanzado de lleno.

Ellen sí que consiguió ponerse en pie, pero lo hizo tambaleándose, como si estuviera borracha.

Bruscamente, tres uniformes azules brotaron en las escaleras como por arte de magia. Johnny ya había guardado su pistola. No intentó ninguna clase de resistencia cuando los gendarmes le

rodearon.

—¿Qué pasa aquí? ¡Quieto!

Su americana fue brutalmente vuelta al revés. Manos ansiosas le arrancaron el arma de la funda.

—¿Quién eres?

—Llévenme a la Sureté si les place. Pero avise también al embajador de los Estados Unidos.

Uno de los gendarmes tenía ya en la mano el pasaporte de Johnny.

—Sí, es yanqui —barbotó—. Es uno de esos tíos que, cuando escupen, sueltan un dólar. Hay que llevarlo al hospital y tenerlo bajo vigilancia. Está herido.

Johnny logró ponerse en pie, con ayuda de uno de los gendarmes. Se daba cuenta de lo cerca que había estado de la muerte, y su mirada agradecida fue hacia Ellen. Pero a Ellen ya no era posible verla. Otros tres gendarmes la rodeaban.

Johnny fue a decir algo, y en aquel momento una bocanada de sangre acudió a su garganta, mientras el dolor se hacía insoportable, cortándole materialmente la respiración.

Sintió que las rodillas se le doblaban.

Y al hacer un nuevo esfuerzo por mantenerse en pie perdió el sentido, cayendo a tierra como un muñeco.

* * *

Estaba en un hospital, en una habitación privada.

Debía ser un hospital situado en las afueras, porque desde la ventana no se veía la selva de piedra de París, sino una columna interminable de árboles que parecían ir a perderse en el infinito.

Un hombre de modales suaves, elegantes, impecablemente vestido, estaba en la habitación. Johnny no le había visto nunca, pero imaginó quién sería.

—El embajador me envía —susurró el visitante—. Soy Carver, uno de los secretarios de la Embajada. ¿Cómo está usted, Johnny?

Y le puso una mano en el hombro, como para animarle. Sin embargo él creyó notar en sus ojos algo que no le gustó.

—¿Qué ha dicho el embajador?

—Ha dicho que nos está dando usted muchos disgustos, Johnny. Prefiero hablarle sin rodeos. Un agente del Servicio Secreto, como

usted, puede hacer cosas muy raras y muy importantes cuando está trabajando, pero no tiene derecho a revolucionar a medio París mientras se halla de vacaciones. Eso es lo que el embajador ha dicho.

—No estoy de vacaciones. Busco... a alguien.

—Sí, ya lo sé. Busca a un tal Bronstein, un criminal de guerra nazi. Pero esa no es misión de usted particularmente, sino de nuestro Servicio Secreto. Incluso me pregunto yo por qué le persigue, Johnny.

—Mi madre era judía —dijo roncamente Johnny—. Mi padre no, pero bastó con que ella lo fuese. Los dos murieron en Auschwitz..., después de ser detenidos por los hombres de Bronstein. A mi amigo Nick le ocurría algo semejante.

El secretario hizo un gesto elegante y suave.

—Cada uno puede pasar sus vacaciones como le plazca, pero no persiguiendo hombres por medio mundo. Tenemos una protesta oficial de las autoridades rusas de Leningrado, otra nota de una Compañía finlandesa de Aviación y, por si faltara algo, ahora se nos va a echar encima el propio prefecto de París. En estas condiciones me veo obligado a ordenarle una cosa, Johnny.

¡Ya estaba! ¡Ya tenía la razón de por qué había algo que no le gustaba en los ojos del hombre!

¡Iba a ordenarle que volviera a su país!

En efecto, el secretario dijo:

—...En estas condiciones, debe disponerse a embarcar en uno de los «Jets» de la Panamerican que vuelven a los Estados Unidos. Usted está bien. La bala le rozó, produciéndole un intensísimo dolor y una hemorragia bastante intensa, pero los médicos han dicho que se recuperará pronto, y que la herida empezará a cicatrizar dentro de muy poco. Debe marchar.

Johnny cerró un momento los ojos.

Todo había fracasado, todo... Después de tener a Bronstein materialmente en sus manos, había de dejarlo escapar. Después de ver morir a tanta gente por aquella causa, tenía que dejar que Bronstein siguiera palpitando sobre la tierra...

—¿Quién era el hombre al que maté? —susurró, abriendo los ojos de nuevo.

—¡Oh, por eso no se preocupe! La cuestión con las autoridades francesas está resuelta en ese aspecto. Hay muchos testigos que vieron cómo usted obraba en defensa propia, Johnny. Además, el muerto era un tipo de cuidado. Un asesino buscado, uno de esos hombres de acción que los traficantes de drogas emplean cuando las cosas se les ponen difíciles.

—¿De modo que los traficantes de drogas?...

—¿Por qué lo pregunta en ese tono?

—No sé, es muy extraño... Los rusos tenían noticias de un cargamento en la frontera con Finlandia, y en Leningrado estaba Brenner. Uno de los que murieron en Angulema era Kurzon, quien parece que últimamente se dedicaba también al contrabando de narcóticos. Ahora ese hombre... ¿Y si ese maldito Bronstein tuviera montada una auténtica red internacional, valiéndose de antiguos elementos nazis? ¿Y si...?

El funcionario de la Embajada sonrió suavemente.

—Usted lo que quiere es que se le encargue de esa misión, ¿verdad? Y así podría seguir persiguiendo a Bronstein.

—¿Por qué no? —dijo francamente Johnny.

—Pues porque no es usted el hombre indicado, amigo. No se atormente más y haga lo que le he dicho: Vuelva a los Estados Unidos. Sale un avión para Los Ángeles dentro de dos días, y entonces ya se encontrará mucho mejor. Hágalo.

Johnny volvió a cerrar los ojos.

«Usted no es el hombre indicado, amigo»... Aquellas palabras del secretario resonaban lúgubrementemente en su cráneo. Eran unas palabras que significaban el fin. Ya no podría seguir con aquella misión que durante años había alimentado secretamente su vida.

El secretario le puso suavemente en la mano un objeto largo, afilado, que sorprendió a Johnny. Era un cuchillo en cuya hoja se leía esta inscripción:

“SANGRE Y HONOR”

—Lo llevaba Blanchot —dijo—, otro de los muertos en el tren de Angulema. Supongo que lo querrá conservar usted, puesto que eran amigos. Se trata de un antiguo puñal de los que llevaban los oficiales SS.

Johnny se limitó a decir:

—Lo guardaré.

Sus ojos estaban quietos, espantosamente fríos. Eran como dos láminas de metal.

—También podrá hacer una cosa en Los Ángeles —susurró el funcionario de la Embajada—. Usted nació allí, al igual que su amigo Nick. Asistirá a las exequias de éste.

—Es lo único que tengo que agradecerle a usted —musitó Johnny—. ¿Y Ellen? ¿Dónde está Ellen, la periodista rusa?

Una silueta blanca se deslizó entonces lentamente, viniendo desde el fondo de la habitación. Johnny tardó en darse cuenta de que Ellen estaba allí. De que había estado allí desde el primer momento.

Ella no dijo una palabra. Sólo le estrechó una mano con fuerza, mientras la otra se perdía con infinita suavidad entre los cabellos de Johnny.

Este se sintió feliz, descansando, por primera vez en muchos años. Absurdamente feliz.

ONCE

EL coche se deslizaba a poca velocidad por entre las instalaciones del complejo portuario de Los Ángeles, cerca de unos inmensos depósitos que tenían la altura de una casa de diez pisos.

El silencio llegaba a abrumar. La soledad era absoluta.

Había huelga en el puerto, y aunque varias manzanas más allá se había producido un breve choque entre piquetes de huelguistas y la policía, en torno a los inmensos depósitos se tenía la sensación de haber llegado a una ciudad desierta, a una ciudad de la que una terrible arma hubiera eliminado todo vestigio de vida humana, dejando sólo los edificios, las torres, las calles silenciosas.

Johnny, que iba como pasajero en aquel coche, tuvo que cerrar un momento los ojos.

No, no podía creerlo.

Los recuerdos se apelotonaban en su mente, y sin embargo le parecía que no era él quien había vivido todo aquello. Le parecía increíble que hubiera transcurrido sólo una semana desde que él estaba en París, hablando con el secretario de Embajada y enterándose de que debía regresar cuanto antes a los Estados Unidos. Le parecía más increíble aún que, diez días antes, estuviera luchando a muerte sobre el cielo de Finlandia y a bordo de un avión a punto de estrellarse; y más increíbles le parecían aún los sucesos de Leningrado. ¡Leningrado, la vieja ciudad situada al otro extremo del mundo!

Sin embargo, todo aquello había sucedido en tan breve tiempo. Era espantosamente real. Era un pedazo de su propia vida, aunque ahora tenía la sensación de que todo aquello había sucedido en otro

planeta.

En fin, había que ajustarse a la realidad.

Johnny abrió los ojos.

Ahora estaba aquí, en Los Ángeles, e iba a la funeraria donde descansaban los restos embalsamados de su amigo Nick.

La última despedida.

Desde la funeraria, Nick sería enviado al cementerio, situado muy cerca del lugar donde Johnny y él habían nacido. Todo había terminado para Nick, quizá todo había empezado. Uno se volvía loco cuando se ponía a pensar en aquello, en el otro mundo, sin darse cuenta de que continuamente estaba bailando en la cuerda floja, al borde del abismo. No, definitivamente Johnny prefería no pensar.

Había fracasado en aquella misión, y ya nunca daría caza a Bronstein.

Nunca.

El chófer que conducía el elegante automóvil negro se volvió para decir;

—¿Usted no ha estado jamás en esa funeraria?

—No.

—Pues la regenta una chica que está fenomenal. Uno piensa que debe dar gusto morirse para caer en sus manos.

Johnny asintió tristemente. Todo lo relativo a chicas fenomenales ya no le importaba.

Él tenía a Ellen. Era lo único que había ganado con aquella aventura; el cariño de Ellen y la seguridad de que ya no volvería a estar solo nunca más.

El chófer parecía adivinar sus pensamientos, porque volviéndose de nuevo dijo:

—¿Usted no vino de Francia con una chica? ¿No traía una periodista llamada Ellen?

—Sí.

—¿Dónde está ahora?

—He conseguido que la acreditasen como corresponsal en los Estados Unidos. Debe estar trabajando. Le he dicho que yo salía para algo muy triste y en lo que no quería que me acompañase.

Y Johnny volvió a cerrar los ojos, mientras una expresión de

tristeza asomaba a la curva de sus labios.

Él no sabía aún que Ellen le seguía en otro coche, conducido por ella misma. No podía adivinar que la intuición femenina de la muchacha había captado el peligro, había entrevisto algo que parecía flotar en el aire.

Maquinalmente Johnny tocó con el codo el revólver de su funda axilar, que no abandonaba nunca.

Ya estaban cerca de la funeraria.

Esta se encontraba quinientos metros más allá, al final de la hilera interminable de depósitos. Era un edificio aislado, discreto, tan discreto como la propia muerte.

Seguía sin verse a nadie. La huelga lo había paralizado todo. Los antaño ajetreados muelles, eran como inmensos espacios muertos donde sólo el silencio se escuchaba.

Un pensamiento triste vino a la mente de Johnny.

Él iba a despedirse para siempre de Nick. Nick había muerto por querer capturar a Bronstein, y sin embargo Bronstein no sería capturado nunca. Era inútil...

Poco imaginaba que Bronstein y cuatro de sus hombres estaban allí, a poca distancia.

Sabían que Johnny terminaría dirigiéndose a la funeraria donde por el momento descansaba el cuerpo de Nick. Lo sabían, así como que habría huelga aquella mañana. Por eso habían preparado cuidadosamente su golpe.

Los hombres de Bronstein estaban divididos en dos grupos.

Uno, compuesto por dos individuos, esperaba el paso del coche de Johnny. Otro, compuesto por dos más aparte el propio Bronstein, aguardaba el paso del automóvil de Ellen, que desde lo alto de los depósitos podía distinguirse a poca distancia.

El primer grupo actuó.

Una granada de mano fue lanzada contra el automóvil en que iba Johnny e hizo estallar el motor. La cabeza del chofer quedó casi materialmente arrancada del tronco. Johnny, que había visto volar la bomba se encogió en el asiento, mientras sacaba su revólver.

Los dos hombres corrieron hacia él, cuando el automóvil se detuvo con un espantoso chirrido, y los dos fueron alcanzados. Johnny no perdió el tiempo con ellos. Tiró a matar.

En aquel mismo momento, dos balas habían reventado un neumático delantero del coche de Ellen. Este patinó ruidosamente, mientras la muchacha perdía el control por unos segundos. Con un brutal estampido, el coche se estrelló contra uno de los depósitos.

Tres hombres saltaron hacia Ellen, sacándola a viva fuerza del automóvil. Uno de ellos le puso unas esposas para que no pudiera defenderse. Reía brutalmente al hacerlo, mientras Bronstein soplabla en el cañón de su pistola.

Le gustaba ver a las chicas así, esposadas e indefensas. Había visto otras en su vida.

Ellen no chilló. No hizo ningún gesto de miedo, nada que pudiera ser tomado como una súplica.

Bronstein lanzó una ronca carcajada, miró hacia el cielo que ya empezaba a teñirse de negro... ¡y disparó!

La muchacha lo vio todo rojo, espantosamente rojo y negro.

DOCE

TUVO la sensación de que era arrastrada por un fuerte vendaval, de que la tierra subía y bajaba y un agudo estilete se clavaba cada vez más hasta el fondo de su pecho.

Una náusea angustiosa, indescriptible, subió hasta la garganta de Ellen mientras ésta tosía.

Entonces sintió como si la tierra bajase de nuevo como si unas manos le apretaran contra el suelo. Abrió los ojos, mientras sentía en la boca un dulzón sabor a sangre.

Al principio no vio nada.

Luego una sombra inconcreta, que parecía ir y venir, avanzar y alejarse como si flotara sobre una nube.

Ellen tardó mucho en darse cuenta de que aquella sombra pertenecía a un hombre. Un hombre alto, fuerte, joven, de mandíbula cuadrada, que vestía un traje cruzado color gris.

Al principio creyó absurdamente que era uno de los obreros que había oído vociferar a lo lejos antes de que disparasen contra ella. Con aquel traje no lo parecía, desde luego, pero Ellen no estaba en situación de pensar.

Balbució:

—¿Y... los otros? Los demás obreros..., ¿no están aquí?

—Yo no soy ninguno de ellos —musitó el hombre—. Por lo visto han tenido un choque con la policía a poca distancia de aquí y se han dispersado. Ahora todo está desierto como un cementerio.

Hablaba con una insólita, con una increíble calma.

—¿Quién... es usted?

—Ellen... ¡por favor! ¡Mírame bien!

—¿De dónde has salido?

—He matado a dos hombres de Bronstein. Quería perseguir a los otros cuando te he visto aquí.

Ellen cerró un momento los ojos otra vez.

Era el fin. Había tenido un leve resquicio de esperanza al abrir los ojos y darse cuenta de que no estaba muerta, pero Bronstein hacía bien las cosas. Había dejado tras él a aquel tipo para rematarla.

Tenía los ojos nublados y no reconocía a Johnny. ¡No lo reconocía!

—Dispárame entre los ojos —balbuceó—. Al menos... no me harás sufrir...

Vio que el hombre aquel había sacado un revólver de pequeño calibre, de cañón chato.

Ellen susurró:

—Dios mío...

Sonó un disparo.

La muchacha sintió como una quemadura en la mano izquierda y se dio entonces cuenta, con estupor, de que la cadena de las esposas acababa de saltar.

Abrió los ojos, aturdida, mientras Johnny guardaba el arma.

—Pero, ¿qué has hecho?

—No puedes escapar estando esposada.

—¿Tú eres... uno de los hombres de Bronstein?

—Más adelante podrás verme, Ellen. Me doy cuenta de que apenas captas mi voz. Necesitas que te atiendan enseguida.

—Pero...

—No hagas preguntas, muchacha. Iban a rematarte cuando he llegado yo y han huido, pero antes han podido alcanzarte bien.

La tomó en brazos, arrastrándola hasta un gran almacén descubierto donde sólo se veían enormes máquinas explanadoras medio protegidas por sus monumentales fundas.

—Pero..., ¿qué pretendes?

—Quiero saber cómo es la herida. ¿Quién ha disparado?

—El propio Bronstein. El mismo ha dicho su nombre.

—Pues lo ha hecho bastante mal. Debería estar nervioso, porque la bala que iba al corazón, te ha atravesado el pecho por debajo de la clavícula, sin rozarte el pulmón. Al menos no has perdido apenas sangre... ¿Cómo te sientes de fuerzas? ¿Podrías caminar?

—Lo intentaré.

Ellen quiso ponerse en pie, pero no pudo. Cayó de rodillas a tierra, lanzando un gemido.

—No puedo... Estoy demasiado débil... ¡No puedo!

—No te preocupes. Si un médico te atiende pronto, aún lograrás salvarte. Yo te sacaré de aquí.

Ellen intentó reunir todas sus fuerzas otra vez.

—Cuidado. No hagas ningún esfuerzo violento. —La voz del hombre era persuasiva, lenta—. Repito que te sacaré de aquí.

Johnny se daba cuenta de que necesitaba conservar la calma. Lo necesitaba a toda costa.

Y en aquel momento, otra voz, una voz burlona y que parecía arrastrar las letras, preguntó:

—¿Tú...?

Johnny volvió la cabeza lentamente.

El tipo estaba allí.

Era alto, cuadrado, y tenía aspecto de haberse pasado más de media vida en los rings de los gimnasios bajos de Nueva York, donde sólo se aprenden artimañas. Su nariz chata, su boca torcida, hablaba de docenas de combates y centenares de golpes.

Pero no fue eso lo que preocupó a Johnny.

Fue la pistola de cañón corto que empuñaba en su mano derecha.

Johnny se dio cuenta de que el fulano iba a disparar. Se le notaba por la tensión del dedo índice. Tenía los ojos entrecerrados, y los labios apretados en una mueca de decisión.

Susurró:

—¿A qué has venido aquí? ¿Te ha mandado Bronstein?

—No intentes ganar tiempo, pichón.

—¿Ganar tiempo yo? Sólo te pregunto si te ha mandado Bronstein.

Los músculos de Johnny se tensaron mientras tanto, sin que el otro llegase a notarlo.

—Bronstein se ha dado cuenta de que tal vez no había acertado a darle bien a la chica, a causa de tu repentina llegada. Por eso me ha mandado a mí. Quería asegurarse.

—Yo también quería asegurarme —dijo lentamente Johnny.

—¿Tú? Tú lo que querías era salvar a esa perra.

—Te equivocas, amigo.

—Yo no me equivoco nunca, y Bronstein tampoco. ¿Por qué no cierras los ojos, ratoncito? Así no te darás cuenta...

Johnny dijo enseñando los dientes:

—Claro...

Cuando el otro iba a disparar, saltó. No lo hizo en línea recta, sino de costado, como si el enemigo no le importara. Y era verdad, porque lo único que en este momento tenía importancia para él era la bala.

El proyectil se hundió en el suelo, justo donde unos segundos antes había estado el cuerpo de Johnny.

Este, apoyado en un solo pie, dio un nuevo salto, pero ahora contra su enemigo. El forajido, que no había tenido tiempo de desviar su pistola, lanzó un grito al ver a aquella especie de jaguar arrojarle sobre él.

Pudo disparar otra vez, pero la bala sólo rozó a Johnny. Este levantó la mano derecha y propinó un terrible golpe de canto en la muñeca de su enemigo.

La pistola cayó a tierra, y Johnny dio un puntapié al arma.

Pero no tuvo suerte.

Al golpear la pistola con el pie, la suela de su zapato resbaló sobre el arma. Johnny lanzó una imprecación en voz baja, mientras perdía el equilibrio. Antes de poder darse cuenta de nada, ya estaba contra el suelo mientras su enemigo saltaba hacia la pistola.

Ellen se puso entonces en movimiento. Se había recuperado ya.

Extendiendo la pierna izquierda, hizo la zancadilla a su enemigo, que cayó hacia adelante. Pero no pudo impedir que las manos del pistolero tocasen el cañón del arma.

Al alcanzarla, lanzó un aullido.

Logró empuñar la pistola, al tiempo que se volvía con una mueca de decisión fanática impresa en el rostro. Johnny, de espaldas en el suelo, sacó su arma también.

La vida fue del más rápido.

Los dos dispararon casi a la vez, pero así como la bala del enviado de Bronstein se perdía en el aire, la de Johnny le penetró rectamente entre las dos cejas. Las décimas de segundo que existieron entre un disparo y otro hicieron que aquél fallase el tiro, por la sencilla razón de que cuando logró apretar el gatillo, él ya estaba muerto.

Dio un extraño salto y cayó de bruces al suelo como una torre a la que han hecho saltar con dinamita.

Johnny guardó velozmente su arma, y se puso en pie.

—Parece que te debo otra vez la vida, muchacha. De no ser por ti, ese pájaro hubiera podido sujetar la pistola en mejores condiciones.

—Lo he hecho por mí solamente. Seguro que después me hubiese tocado el turno.

—¿Sabes que no eres una mosquita muerta?

—Nunca he pretendido serlo. Pero, ¿hemos de perder el tiempo ahora hablando de eso? No puedo dar un paso.

—Pero ese fulano ha tenido que venir con algún coche. Espera. Probaremos a ver si hay suerte.

La puso en pie. La muchacha se colgaba completamente en él, señal de que no tenía fuerzas.

—¿Puedes al menos apoyar los pies en el suelo?

—Lo intentaré.

Echaron a andar los dos, con una lentitud extremada. La muchacha debía estar sufriendo a causa de la herida, porque le castañeteaban los dientes a pesar de sus esfuerzos.

—¿Y los disparos? ¿No habrán llamado la atención de alguien?

—Seguro. Además es muy posible que haya retenes de policía por aquí, a causa de la huelga. Pero entre el laberinto de los depósitos de petróleo, no lograrán saber de dónde han partido las detonaciones, por lo menos de momento. Creo que lograremos escapar; no quiero tener que dar explicaciones ahora. ¡Van a acabar expulsándome del Servicio Secreto!

—¿Y tu coche?

—Lo han hecho añicos con una bomba.

—Es que... no puedo más.

Se notaba. La muchacha volvía a colgarse completamente en él, y sus pies se arrastraban por el suelo.

Afortunadamente pronto vieron un «Buick» negro estacionado de cualquier manera al lado de uno de los depósitos. Sin duda lo habían robado poco antes los hombres de Bronstein, porque el «Buick» era como una bombonera que olía a perfume de un modo que tiraba de espaldas.

El motor estaba funcionando, aunque no se veía por ninguna parte la llave del contacto.

—Han debido hacer un puente. Hay expertos en eso.

Subieron al vehículo, que era ancho como un transatlántico. La tapicería era de un plástico especial salpicado de estrellitas plateadas. Sobre ellas fue dejando Ellen un leve rastro de sangre.

—¿A dónde me llevas?

—De momento no lo sé. Lo importante es salir de aquí, porque los disparos habrán llamado la atención de la policía, y ya te he dicho que no puedo aparecer envuelto en nuevos líos. ¡Parezco un pararrayos para atraerlos!

Maniobró hábilmente para salir de la zona de los depósitos, rodando por caminos laterales. Se cruzaron con varios motoristas de la policía, pero ninguno de ellos les prestó atención porque seguramente habían sido llamados a la zona extrema de los depósitos, a causa de los estampidos.

Johnny notó que la muchacha tenía las manos agarrotadas sobre la herida y, a intervalos, su cuerpo era recorrido por un fuerte estremecimiento.

Luego ella le miró.

Ellen tenía unos ojos enigmáticos y duros que parecían atravesar la piel cuando se clavaban en el rostro de un hombre.

—¿Por qué me has salvado? —musitó—. ¿Cómo sabías que iba detrás?

Johnny se encogió de hombros.

—He oído otros disparos después de matar a dos hombres de Bronstein. No hacía falta ser muy listo, conociéndote a ti, para saber contra quién iban dirigidos.

—¿Te das cuenta de lo que ocurrirá cuando la policía descubra el cadáver entre los depósitos? ¡Más complicaciones para ti!

Ellen se iba recuperando por momentos.

—El cadáver será el de un pandillero consagrado. En la comandancia de Los Ángeles no tardarán en creer que esto es un ajuste de cuentas.

—Pero, ¿ya sabes lo que has hecho? ¿Te das cuenta de que has puesto en contra tuya todo el poder de Bronstein? ¡El nunca actúa solo!

Habían dejado atrás los impresionantes estudios de la Metro, y ahora estaban en el cruce de Sepúlveda Boulevard, camino de la famosa playa de Ocean Park. El tráfico allí era intensísimo y nadie les prestaba atención.

—Sé que Bronstein no parará hasta matarme — dijo Johnny lentamente—. Hasta un niño se daría cuenta de eso. E incluso un niño sabría que los dos moriremos a la vez.

—¿Y no te importa?

—Bronstein y yo ya no cabemos en el mismo planeta. Es una cuestión personal. Llega un momento en que la política no importa.

Estaban ahora ya en Ocean Park, en una inmensa playa de estacionamiento, alejados de todo el mundo.

—Sí —dijo Johnny—, una cuestión personal...

Y, deteniendo el coche, abrazó bruscamente a Ellen, atrayéndola junto a él y besándola en la boca.

Ella no se resistió.

Por el contrario, mientras Johnny la besaba apoyó la cabeza desmayadamente en el respaldo del coche y permitió que el hombre se saciara de sus labios. Pero sólo hasta el momento en que a la muchacha le pareció bien.

—Quiero que frenes a tiempo, Johnny.

Johnny bajó suavemente las manos para ponerlas sobre el volante y dejarlas quietas allí.

—Yo siempre freno, muchacha.

—¿Por qué me has besado de ese modo?

—¿Te extraña? Eres una mujer muy bonita.

—Puede que lo sea, pero tú no eres de los tipos que se fijan solamente en el cuerpo de las mujeres. Y ahora lo parecía. A una mujer como yo no se la besa de esa manera.

Johnny miró hacia las olas de la playa, que avanzaban rítmica y

acompañadamente. Había pocas personas a aquella hora, y quizá por eso tenía cerca de la arena una extraña sensación de paz.

—Tienes razón —musitó—. No te he besado sólo porque eres una mujer bonita. Te he besado porque... porque te quiero. Y comprendo que tú, una muchacha rusa, no estés acostumbrada a nuestro modo de amar. Pero te ruego que te des cuenta... Esto es una despedida.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a dejarte, muchacha.

—¿Dónde?

—Hay un motel aquí cerca. Puedes alquilar una habitación y estar en ella hasta que las cosas se resuelvan, no quiero que corras nuevos peligros. ¡Aléjate de esto! ¡Aléjate de mí, en el nombre del Cielo!

Ellen entrelazó los dedos nerviosamente. Sin embargo tomó aquella petición con una extraña serenidad.

—Pero me verán llegar herida... —se limitó a decir.

—Yo te dejaré en la puerta. Sólo tienes que procurar andar unos pasos con normalidad hasta el mostrador de recepción. Lo malo son las manchas de sangre que tiene tu vestido, pero...

Se volvió hacia el asiento posterior del coche. Allí había doblado un abrigo blanco que también olía a perfume caro, como toda la tapicería.

—Hemos tenido suerte —dijo—. Por lo visto a la dueña de esta bombonera le gustaba ir bien preparada. Toma, ponte esto encima y haz un esfuerzo para andar con normalidad. Son sólo unos pasos; si eres lista, el encargado del motel no lo notará.

—Es que no se trata sólo de llegar hasta allí. Necesito también que un médico me atienda cuanto antes.

Johnny apretó los labios. Ellen era tan fuerte, tan sufrida, que él había llegado a olvidar lo ocurrido en los muelles. Había llegado a olvidar que estaba herida.

—Te enviaré enseguida un médico de absoluta confianza —musitó—. No podrá recibirte en su consultorio, pero en cambio te atenderá en el motel.

—¿No significa eso para ti un nuevo peligro? ¿No comprometerás más tu carrera?

—Tú hiciste lo mismo por mí, cuando llegamos a Helsinki. Y además, ¿qué importa mi carrera ahora? Vamos, muchacha.

La acompañó hasta la puerta del motel. Las sombras de la noche habían vuelto a caer. El neón brillaba en todas las torres y en todos los establecimientos de Los Ángeles, convirtiendo la ciudad en una inmensa luciérnaga.

Cuando Johnny vio marchar a la joven, supo que no la vería más.

¡Nunca más!

Él moriría aquella noche. Moriría por vengar a Nick, a Blanchot, a los otros. Moriría por vengar a millones de seres desconocidos cuyas almas exangües parecían llenar la noche.

Desde una cabina pública llamó a un médico cuya filiación sólo conocían determinados agentes del Servicio Secreto. Y él aún lo era, hasta que lo enviasen al infierno cansados de sus aventuras. El médico dijo que iría en menos de cinco minutos.

Luego Johnny volvió a la funeraria. Lo hizo por camino distinto, para no pasar junto a los depósitos, que debían estar acordonados.

El último adiós a Nick. Lo necesitaba.

La casa, de una sola planta, estaba silenciosa y parecía cerrada. Johnny estacionó el coche en un callejón adyacente y atravesó la puerta de cristales opacos. Al hacerlo, recordó lo que el chófer que le acompañaba hasta allí una hora antes, el que ya estaba muerto, había dicho.

Que la dueña era una mujer impresionante.

Bueno. Lo había sido.

TRECE

ENTRE un silencio espantoso, Johnny se acercó a la rubia.

Estupenda mujer, por todos los dioses.

Mejor que una Afrodita o una Venus.

Más moderna, más llenita. Más todo.

Iba a medio vestir y daba la sensación de que la habían sorprendido mientras se estaba cambiando en alguna de las habitaciones interiores. Llevaba un vestido a medio abrochar, una media tensa, la otra caída y sin sujetar, los cabellos ordenados sólo en parte, y un solo zapato puesto.

Y habían hecho con ella una salvajada.

Tenía aún el burdo cordón anudado en torno al cuello, pero no era eso lo peor. Seguro que la habían golpeado antes de ahogarla. Había varios hematomas en su rostro y sangre en los labios. Había también bajo sus párpados unas lágrimas secas.

Johnny la miró bien.

No la conocía, no la había visto hasta aquel instante, y sin embargo, sintió por ella una intensa, una profunda, una definitiva piedad. Sintió ante su pobre cuerpo roto una compasión que no había sentido nunca, y al mismo tiempo algo que no era compasión.

Ganas de vengarla.

Ganas de matar.

Johnny se acercó a una de las ventanas abiertas y respiró pausadamente el aire quieto de la noche, intentando calmarse. No se atrevió a tocar una botella de whisky que estaba a su alcance para no dejar huellas. Luego, ya más calmado, volvió junto a la

muerta, intentando reflexionar.

Johnny miró aprensivamente la puerta del establecimiento, diciéndose que de un momento a otro iban a entrar allí catorce polizontes dispuestos a hincarle el diente. Pero la puerta no se movió. La casa seguía silenciosa como una tumba. Había sonado mucho antes la hora de cerrar, y por eso quizá la dueña estaba sola cuando la sorprendieron.

Miró mejor el cadáver.

Se notaba que la rubia había muerto muy poco antes por el detalle de las lágrimas semisecas que aún se marcaban en sus mejillas. Aquellas lágrimas habían sido derramadas apenas diez minutos antes. No habían tenido tiempo material aún para secarse.

Por lo tanto los asesinos estaban cerca.

¿Pero quiénes? ¿Dónde se encontraban?

Sólo tenía la completa seguridad de que era más de uno.

Hacían falta al menos dos hombres para liquidar de aquel modo a una rubia tan monumental, de esas que con un golpe de cadera transforman a un peso pesado en un peso pluma.

Nerviosamente, Johnny miró a su alrededor nuevamente.

Había algunas cosas en desorden, pero estaba fuera de toda duda que nadie había sometido el establecimiento a un registro. Todo lo que estaba fuera de su lugar debía haber sido removido por la lucha que precedió el asesinato. Además aunque encontrase alguna pista, ¿cómo podría él interpretarla? Desconocía el ambiente de las funerarias. No sabía lo que estaba de más o de menos allí.

Pero encontró la pista.

Alguien había olvidado un látigo junto a unos ataúdes alineados en la pared. Pero no, desde luego, un látigo cualquiera.

Era uno de esos látigos árabes que tienen cola de piel y mango sólido, forrado del mismo material. Dentro del mango, desenroscándolo, había un cuchillo, como en casi todos los instrumentos de esta clase. Era una pieza perfecta, casi digna de un museo, y con una inscripción con letras doradas.

La inscripción decía:

KOSHOIO

Era un nombre japonés, chino tal vez. Quizá del fabricante del

látigo o el de su propietario. Había que mirar.

Johnny buscó con los ojos la guía telefónica de Manhattan.

Era voluminosa. Husmeó en ella y encontró un solo Koshoio, en Oriente Bulevar. No decía allí si era guarnicionero, médico o presidente del Consejo de Ministros de su país. Pero había que comprobar.

Johnny tomó el látigo, lo ocultó bien bajo sus ropas y salió del establecimiento, mientras a sus sienes asomaban unas gotitas de sudor helado.

Se había dado cuenta ya de algo definitivo.

El ataúd de Nick no estaba allí.

Salió silenciosamente, como un perro de presa.

* * *

Buscaba la casa de Koshoio.

La encontró cerca de un hotel llamado «Hondo». No era, ni mucho menos, una casa lujosa. Se trataba de un edificio viejo al que estaban reformando porque aparecía cubierto de andamios. Faltaban los cristales y algunas ventanas enteras, y a primera vista uno podía pensar que allí era imposible que habitase nadie.

Pero Johnny necesitaba comprobarlo.

Como el edificio formaba esquina, él miró por la bocacalle contigua, que estaba llena de tiendas ya cerradas a aquella hora. Se trataba de una calle comercial, con pequeños establecimientos dedicados a la venta de «souvenirs», postales, ceniceros y retratos de astros del cine. De día debía estar concurridísima, pero a esa hora apenas unos cuantos transeúntes pasaban por ella.

Johnny vio una puertecilla.

No había ningún rótulo en ella, pero pertenecía a la casa en cuestión. Y tenía pinta de estar cerrada, guardando alguna cosa.

¿A los propios asesinos?

Era necesario verlo.

Johnny, aprovechando su soledad de aquel momento, extrajo el látigo y lo desenroscó suavemente, de forma que sólo con un leve tirón quedase al descubierto el puñal que estaba oculto en el mango.

Empujó la puerta.

Esta cedió. Daba la sensación de que le habían estado

esperando, pero Johnny advirtió eso demasiado tarde.

Lo advirtió cuando vio aquel patio rectangular, pequeño, y los cuatro tipos que se le echaban encima.

Lo advirtió cuando supo que iba a morir.

Fue a echarse hacia atrás, pero en ese momento, alguien que sin duda había estado oculto tras la puerta, la cerró suavemente a su espalda.

Era una trampa.

Los cuatro tipos que se encontraban allí habían estado esperándole, sin duda, y la consigna que debían tener era dejarle sin un centímetro de piel sobre el cuerpo.

Y, por si fuera poco, había otro a su espalda. Estaba también el fulano que acababa de cerrar la puerta.

Como un relámpago pasó el pensamiento por el cerebro de Johnny. Quien fuera había dejado el látigo con intención de que lo encontrase; era un señuelo, una falsa pista para llevarle hasta allí. Un indicio para conducirlo hasta la boca de la trampa.

Pero este no era momento para pensar, sino para actuar. Y Johnny era uno de esos hombres que no se entretienen ni una décima de segundo.

Se encorvó, adivinando que el primer ataque vendría por la espalda. Y en efecto, el tipo que había cerrado la puerta le atacó cuchillo en alto, en una acometida silenciosa y mortal. Johnny logró, al ladearse, que el puñal pasara sólo rozándole, y empujó al individuo en el último instante. Este lanzó un grito y fue a rodar hasta los pies de sus compañeros, que se disponían a acometerle ya con los puñales en alto.

La inesperada caída del primer atacante detuvo a sus compañeros, pero eso duró tan sólo unos leves segundos. El caído se levantó, y los cinco hombres atacaron a la vez. Johnny, que había desenroscado del todo el látigo y ahora empuñaba sólo el mango terminado en un puñal, comprendió sin embargo que no podría esquivar la segunda acometida.

Una rápida ojeada en torno suyo le bastó para darse cuenta de que había allí varios andamios, unos sacos de cemento y unas vigas apoyadas contra la pared. De todo esto lo único que podía servirle eran las vigas, si conseguía llegar hasta ellas.

Saltó ágilmente sobre los sacos de cemento y desde allí a la pared en que las vigas estaban apoyadas. Un nuevo asaltante llegó tan sólo unos segundos más tarde, y clavó hasta las cachas el puñal en el primer saco de cemento. El polvillo que saltó a sus ojos le dejó ciego durante unos instantes.

Los otros lanzaron gritos guturales en un idioma que evidentemente no era el inglés. Johnny tuvo la sospecha de que hablaban en japonés o tagalo.

Pero no podía molestarse en comprobarlo.

Se apoyó con todas sus fuerzas en el grupo de vigas y las tumbó. Los tipos que saltaban sobre él retrocedieron a gran velocidad, lanzando maldiciones.

Pero uno de ellos no fue lo bastante rápido.

Dos vigas a la vez cayeron sobre su cráneo, que estalló de pronto con un seco chasquido. El hombre no debió sentir ni siquiera el dolor. Cayó arrugado casi a los pies de Johnny, convertido en un guiñapo, con los brazos abiertos. Y su sangre salpicó trágicamente la base de una de las paredes.

De todos modos, ésta no era más que una victoria muy parcial.

Johnny se preguntó una vez más por qué querrían matarle, si hasta entonces no le habían visto nunca, y estuvo tentado de llamarles locos. Pero sus enemigos estaban decididos a no darle ninguna oportunidad.

Saltaron sobre él, atacando todos a un tiempo.

Johnny no podía reflexionar, y se dejaba guiar solamente por el instinto. Fue su instinto el que le dijo que, si dejaba que llegasen al cuerpo a cuerpo, le coserían a puñaladas. Por eso lanzó la afilada hoja contra el enemigo que tenía más cerca, clavándosela en el estómago hasta el mismo mango. El herido lanzó un grito de agonía y se llevó las manos crispadas a la zona del impacto, mientras caía de rodillas.

Los otros tres tuvieron un momento de indecisión.

Ver caer a dos compañeros en menos de treinta segundos es como para hacer reflexionar a cualquiera, y aquellos tipos no querían morir. Pero también se dieron cuenta de que Johnny, ahora, no tenía armas.

Y Johnny se dio cuenta también de esto. Comprendió que su

único recurso para intentar salvarse consistía en moverse más que sus enemigos, en ser mucho más rápido.

Saltó de costado justo cuando uno de ellos se lanzaba a fondo, con el puñal por delante. La hoja de acero rasgó la pared de ladrillo con un chirrido. Johnny cayó de rodillas junto al muerto, el que tenía la cabeza aplastada, y de un feroz movimiento se apoderó de su cuchillo.

Vio que otro de sus enemigos venía volando hacia él.

Levantó el brazo y fue su propio enemigo el que se clavó el puñal hasta las cachas, lanzando un alarido que debió mover de su sitio las columnas del edificio.

Fue esto, más que el ver a otro de sus compañeros muerto, lo que asustó a los dos individuos que aún quedaban en pie.

Pensaron que iban a ser atrapados de un momento a otro y corrieron hacia la portezuela exterior, que uno de ellos abrió con movimientos nerviosos. Segundos después habían desaparecido.

Johnny se puso en pie de un salto.

Todo el cuerpo le temblaba, y sentía los nervios tensos como cuerdas de guitarra. La vieja herida se le había vuelto a abrir. La garganta se le había contraído y le impedía respirar. Ahora se dio cuenta de que estaba reventado, a pesar de que en toda la pelea no había hecho más allá de una docena de movimientos.

Pero la tensión dramática a que acababa de estar sometido le había destrozado más que una carrera de las diez millas. En realidad ahora se daba cuenta de que, durante toda la duración de la pelea, no había podido ni respirar tan siquiera.

Aguzó el oído para comprobar si se oía algo o si llegaba alguien.

Nada.

Al parecer, los escasos transeúntes que a aquella hora circulaban por la calle lateral no habían podido identificar la procedencia del grito.

O quizá habían ido directamente a buscar a la policía; esto era imposible saberlo.

Johnny, luchador en todos los países del mundo, se sentía ahora extraño en su propia tierra.

De todos modos Johnny tenía que arriesgarse. Tenía que registrar aquello.

Al menos tenía que saber por qué.

CATORCE

DE pronto Johnny tuvo una idea. Le pareció verlo todo repentinamente claro.

Fue una de esas ideas que uno no puede demostrar con palabras, pero que necesita poner en práctica inmediatamente.

El ataúd tenía que estar allí. Si allí se habían reunido todos aquellos granujas de la costa del Pacífico era porque, además de querer tenderle una trampa, guardaban algo muy importante.

¡Y aquello tan importante, aunque pareciera increíble, tenía que ser el ataúd donde reposaba Nick!

Entró en la casa. Nadie le cortó el paso porque todos los que hubieran podido hacerlo yacían por tierra, convertidos en guiñapos que tardarían en recobrar el sentido o quizá ya no lo recobrarían nunca, antes de morir.

Lo único que estaba en buen estado de todo aquel local era un almacén de paredes blanqueadas donde se apilaban pequeños barriles y sacos de yeso y otros materiales para la construcción. Johnny se dijo que los sacos de yeso son lugares magníficos para ocultar drogas en polvo. Un registro de la policía hubiera tardado siglos en dar algún resultado positivo.

Había una sola puerta al fondo, una puerta grande como la de un garaje, y por la que probablemente pasaba una furgoneta.

Johnny la abrió.

Se encontró ante un local espantosamente oscuro donde todo olía a cerrado y a húmedo.

Tanteó las paredes, buscando el conmutador de la luz. Al encontrarlo, una luz lechosa, proveniente de unos tubos de neón

que colgaban del techo, se esparció sobre el local. Fue entonces cuando pudo ver el ataúd en el centro de éste, descansando sobre el piso de cemento.

Johnny ahogó una maldición. Lo abrió.

Allí descansaba su amigo Nick. Allí estaba su cuerpo embalsamado, como un objeto que hubiera de durar hasta el infinito, como algo que no fuera humano, que no hubiera estado sometido jamás a las leyes de la tierra.

Una amargura honda, densa, penetró hasta el fondo del pecho de Johnny, pero la dominó. Sus facciones para nada se alteraron. Con paso lento y metódico fue hacia el teléfono que había visto colgado de una de las paredes del almacén.

Disco el número de su jefe de Departamento en Los Ángeles. Un número que, a cualquier hora del día o de la noche, ponía en movimiento a uno de los capitostes del Servicio Secreto.

Al oír su voz dijo sencillamente:

—Johnny.

—¿Qué?

—Estoy en un almacén de Oriente Bulevar. Número 126, apúntelo. Necesito que envíe un par de gorilas aquí cuanto antes.

—¿Para qué?

—Hay que cargar en la camioneta a unos cuantos tipos que están K. O. para toda la eternidad.

—¿Sólo eso?

—Puede haber otros tipos, de todos modos, emboscados por aquí. Necesito que los gorilas que vengan sean de los que disparan primero y preguntan después.

—Así son todos los hombres de mi Departamento, Johnny. Unos angelitos. Empezando por ti, naturalmente.

—Los que vengan tendrán que hacer también otra cosa —dijo el joven, sin inmutarse.

—¿Qué?

—Cargar un ataúd.

—¿Un... ataúd?

—Sí. Ha sido robado de la funeraria donde se encontraba hace poco tiempo. En él descansa para siempre uno de nuestros hombres. Me refiero a Nick.

El jefe lanzó una maldición.

—¡El que haya hecho eso lo pagará, Johnny! ¡Al que haya hecho eso le arrancaré los dientes en vivo!

—De momento preocúpese sólo de trasladar el ataúd.

—¿A dónde?

Johnny dijo entonces algo aparentemente absurdo, puesto que sabía que Nick era católico, y que en modo alguno hubiera aprobado aquella extraña medida:

—Quiero que lo lleven al crematorio de Nortwell —dijo—. Yo fui el mejor amigo de Nick y sé que puedo cumplir esa voluntad suya. Llénenlo al crematorio de Nortwell para que sus restos mortales sean inmediatamente convertidos en ceniza.

QUINCE

EL crematorio de Nortwell era lujoso y pequeño. Quizá por eso lo elegían gentes adineradas de la costa del Pacífico.

Y por eso lo había elegido Johnny. Porque era pequeño y estaba situado en un lugar remoto.

Constaba de una pequeña capilla con órgano que desgranaba suaves melodías durante las ceremonias, una sala de espera y el horno.

Una auténtica Casa de los Muertos, una mansión situada entre la Tierra y el Más Allá, entre el recuerdo y el olvido eterno.

Y ahora Johnny estaba solo allí.

Solo.

Desde las ventanas góticas de la capilla se oía susurrar el viento en las copas de los abedules. Más allá de los cristales emplomados brillaba la luna con un resplandor espectral, siniestro. Y, cuando el rumor del viento cesaba en las copas de los árboles, el silencio llegaba a ser tan agobiante como el peso de una losa.

Johnny pulsó una tecla del órgano.

El silencio fue roto por un sonido ronco, grave, que parecía haber sido arrancado de una garganta humana.

Luego Johnny se volvió.

No necesitaba más que empujar el ataúd de Nick sobre unos carriles para que entrase por la boca del horno. Un gesto y Nick desaparecería para siempre.

Johnny apretó los labios.

Aquella era la prueba decisiva, aquél era el momento en que se

lo jugaba todo.

Hubiera esperado más, pero ya no podía. La herida que sufrió en París le dolía horriblemente. Si seguía aguardando, aún sería peor.

Los labios apretados dibujaron una mueca amarga.

Todo había fracasado. Bronstein no acudiría a la trampa.

Johnny empezó a empujar lentamente el ataúd sobre los raíles, mientras la mueca amarga de su rostro se acentuaba.

Y en aquel momento oyó la voz.

—Quieto.

Johnny se volvió. Sabía que estaba siendo amenazado por un revólver, pero eso no le importaba. Lo único importante era que Bronstein, deshecha su banda, deshecha la organización que poco antes se extendía por Europa y América, estaba allí.

Solo.

Dispuesto a jugarse la última carta.

Los ojos de los dos hombres se encontraron. Sus miradas chocaron en el aire y parecieron despedir un reflejo metálico.

En la derecha de Bronstein, brillaba una «German Luger».

—Tengo curiosidad por saber dónde estabas oculto —musitó Johnny—. Una simple curiosidad.

—Tras el órgano.

—¿Cómo supiste que el cuerpo de Nick iba a ser trasladado al crematorio de Norkwell?

—Uno de mis hombres no había muerto aún cuando tú telefoneaste. Pudo avisarme con sus últimas fuerzas, al alejarte tú del aparato para aguardar la llegada de tus amigos.

Johnny sonrió secamente. Por eso precisamente había telefonado desde allí.

—Supongo que aquellos canallas alquilados a bajo precio debían ser tus últimos hombres, ¿verdad, Bronstein? Brenner, Kurzon, Van Sloken, los que nos atacaron junto a los muelles de Los Ángeles... Esos eran los traficantes de categoría, ésos eran los hombres de confianza. Pero murieron. Ahora estás solo, Bronstein. No te queda ni la canalla oriental alquilada a cualquier precio en los tugurios de la costa. Pero has venido a por lo tuyo, ¿no es así, Bronstein? Aún te quedan esperanzas...

Bronstein estaba pálido, pero su voz fue terriblemente firme e intensa cuando dijo:

—¿Sabes lo que hay en el doble fondo de ese ataúd? ¿No has sospechado siquiera que en él puede haber cocaína por valor de un millón de dólares?

—No lo sospeché al principio —susurró Johnny—, ni entendía el porqué de la muerte de Nick, pero luego lo comprendí todo. Amigos tuyos fueron los que en Helsinki facilitaron el ataúd ya preparado. No había posibilidad alguna de que se sometiera a la menor investigación el cuerpo de Nick ni la caja en que estaba encerrado. Así entrabais en los Estados Unidos, el mejor mercado del mundo para las drogas, un cargamento como no habíais soñado entrarlo nunca... Luego no había más que apoderarse del ataúd, cosa sencilla al fin y al cabo, y tirar el cuerpo de Nick como basura. Muy claro todo, muy limpio, Bronstein.

Johnny hizo un gesto con la mano derecha, que llevaba cerrada, y añadió:

—Pero si el ataúd entra en el horno tú lo pierdes todo, ¿verdad, estupendo amigo? Por eso has acudido a mi trampa. ¡Tienes una última carta y has de jugarla! ¡No puedes dejar perder un millón de dólares!

Bronstein alzó su pistola poco a poco, mientras sus facciones se deformaban en una mueca de odio.

—Sé que la mujer que mató a Nick en Helsinki ha sido detenida ya —barbotó—, pero yo lograré escapar. Tú eres lo bastante loco para haber acudido solo hasta aquí. Eres de esos suicidas que no creen más que en sí mismos. Muy bien, entonces... ¡Muere!

Fue a apretar el gatillo, pero de repente algo brilló en la derecha de Johnny. Bronstein apenas llegó a distinguir el puñal que había llevado oculto en la manga y que de pronto saltaba hacia él como una serpiente metálica.

Emitió un alarido ronco, gutural, cuando aquella especie de serpiente se clavó en su cuello.

Apretó el gatillo y tuvo la sensación de alcanzar a su enemigo, pero no se dio cuenta de que Johnny había saltado ya, de que no ocupaba el mismo sitio. El aullido de Bronstein se repitió. La sangre empapó sus ropas, el piso, todo...

Johnny le dejó morir.

No hizo nada. Lo dejó acabar solo, terriblemente solo, como un perro herido en la llanura. Recordaba en ese momento el título de una novela que había leído pocas semanas antes: «Vivir y dejar morir». Él dejó acabar a Bronstein.

Cuando éste estuvo desangrado por completo, Johnny hizo un suave saludo al cuerpo de Nick y luego retiró el cuchillo.

En la boja de éste, enturbiada por la sangre, se leía una inscripción:

SANGRE Y HONOR

Solamente eso.

* * *

A Johnny casi le fallaban las fuerzas cuando discó aquel número en el teléfono, el número del jefe de su Departamento en la zona de Los Ángeles.

—Todo concluido —susurró—. Le doy las gracias por haber accedido a lo que le pedí; le doy las gracias sinceramente por haberme dejado solo.

—No sé cómo accedí, Johnny. Fue otra de sus locuras.

—La penúltima locura, señor. La penúltima, se lo juro.

Al otro lado del cable se oyó una maldición.

—¿Cómo? ¿Pero es que aún piensa hacer otra?

—Sí: Casarme. Ahora mismo he de ir en busca de la mujer que me está esperando. La mujer a la que lo debo todo.

—¡Diablos! ¡Usted es imposible, Johnny! ¡No hay quien lo entienda! ¡Pero al menos prométame una cosa!

—¿Cuál?

—No sé cómo arreglaré sus líos con el jefe del Departamento de Policía. Ya sabe que ellos miran con desconfianza a los del Servicio Secreto, y usted ha organizado un buen pastel... ¡Prométame que no empezará más aventuras!

—Eso no puedo prometérselo, señor.

—¿Ah, no? ¡Sólo faltaba eso! ¿Por qué no? ¡Hable, Johnny, o no respondo de que no lo haga ahorcar en una plaza pública! ¿Por qué?

—¿No cree que casarse también es una aventura? —preguntó suavemente Johnny.

Y colgó.

FIN



TODOS QUERÍAN MATARLO

por
Alf Regaldie

Willy, bien de reflejos, esquivó con un ligero salto de costado que hizo fallar al de la porra de goma, quien al tiempo que ahogaba una maldición, golpeaba contra el quicio de la puerta.

Willy lanzó la caja de hierro contra el otro fulano, procurando cubrir la boca de fuego de la pistola por si al hombre se le ocurría disparar.

Fue un lanzamiento perfecto, durísimo, que obligó al hombre a soltar el arma y, junto con el arma, un par de tacos.

Owens no paró un instante y se lanzó tras la caja para colocar en la barbilla del otro un golpe impecable, capaz de derribar a un búfalo.

El hombre puso los ojos en blanco, cayó sin fuerza contra la pared y se fue deslizando luego pegado a ella, hasta quedar tendido en el suelo sin conocimiento.

Todos luchaban contra él... Todos le amenazaban...

TODOS QUERÍAN MATARLO

¡Este es el título de una de las más sensacional.es novelas de ALF REGALDIE!

¡Léala en el próximo número!

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptos. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

un **VETERANO** SABOR!...



OSBORNE *Fundada en 1772*